

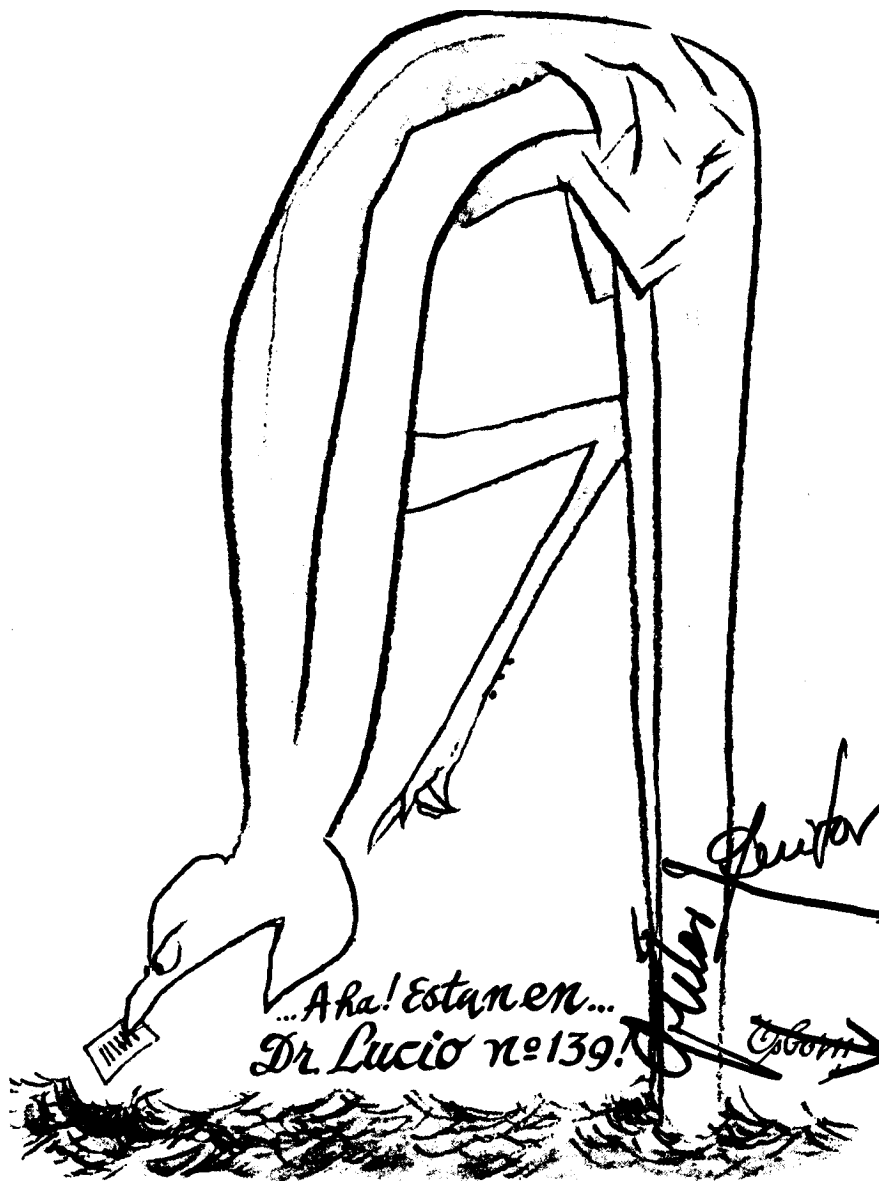
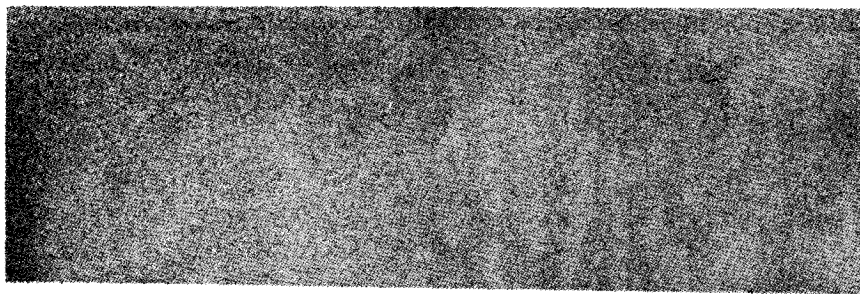
NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA - No. 237





La medalla de oro "José Vasconcelos", fue otorgada este año al insigne médico, pedagogo, literato y orador español don Félix Martí Ibáñez, por el Frente de Afirmación Hispanista, A. C.

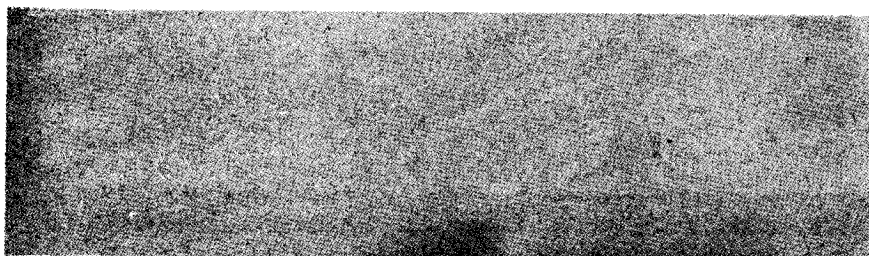


En Offset

Revistas - Displays - Catálogos - Folletos -
Facturas y Toda clase de Papelería

IMPRESOS REFORMA, S. A.

78-67-48



4/NORTE

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A. C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17 D. F. Tel.: 45-37-17. Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D. F., el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

MIEMBRO DE LA CÁMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA EDITORIAL.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal. L. A. E.

GERENTE

Ricardo Arriola Cortés

ASESOR CULTURAL

Leopoldo de Samaniego

COORDINACION

Daniel García Caballero

JEFE DE REDACCION

Jorge Silva Izazaga

DISEÑO GRAFICO

Ernesto Lehfeld Miller

SECCION POETICA

Juan Cervera

COLABORADORES: Victor Maicas, Emilio Marín Pérez, Miguel Malo Zozaya, Albino Suárez, Braulio Sánchez Saez, Joaquim Montezuma de Carvalho, Claudio Borja, Manuel T. de Samaniego, Berenice Garmendia, René Rebetez, Juan López.

FOTOGRAFIA: Angel Garmendia Alanís.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadernada en los talleres de IMPRESOS REFORMA, S. A., Dr. Lucio 139, Tel. 78-67-48 México 7, D. F.

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA - No. 227

Sumario

CARTAS DE LA COMUNIDAD	7
EDITORIAL	9
EL QUIJOTE EN DON HERNANDO (Ensayo del Director)	10
RETORICA OBREGONISTA	13
LA TENTACION DEL HORIZONTE Salvador de Madariaga	15
LA RAZA COSMICA	José Vasconcelos 20
UN ENSAYO DE APROXIMACION ENTRE CERVANTES Y ORTEGA	Braulio Sánchez Sáez 24
DESEMBARCO DEL GENERAL PAREDES	25
CARTA DEL DIRECTOR DE "MI ARTICULO"	27
NORTE EN FECUNDA CONTINUIDAD	Albino Suárez 28
CHARLA CON RODOLFO USIGLI	29
FRANCISCO CORZAS. METODO Y MITO Salvador Elizondo	32
SALAMANCA	Jorge R. Garbarino 42
EL MUSEO ROMANTICO	Miguel de Aguilar Merlo 46
LA "X" PROBLEMA GRAMATICAL	Emilio Marín 52
CERVANTES Y SUS CAMINOS	Víctor Maicas 55
EN EL CENTENARIO DE GUSTAVO ADOLFO BECQUER Joaquim Montezuma	57
CORTES VISTO POR BERNAL	67
¡QUE LASTIMA!	León Felipe 69
TRES FECHAS PARA GABRIELA	71
DE LA HABANA A VERACRUZ	Alfonso Camín 74
MADRIGAL DEL AMOR IMPOSIBLE Leopoldo de Samaniego	76
CANTO VI	Vicente Géigel 76
PATRIA	Guillermo Prieto 77

Precio del ejemplar en la
República Mexicana: \$ 5.00

Suscripción anual para
el extranjero: 5 Dls.

ACOMUNIDAD CARTASDELA ACOMUNIDAD CARTASDEL ACOMUNIDAD CARTASDEL ACOMUNIDAD CARTASDEI LA COMUNIDA DCARTASDE

De Buenos Aires

Recibí su carta del 28 de abril en la que expone usted interesantes ideas sobre el origen cervantino de la filosofía existencialista. Estoy tan de acuerdo con lo que usted dice que ya en mi ensayo "Confrontación entre don Quijote y Fierro" (publicado en 1961 y entregado para su segunda edición ampliada a la Editorial Planeta, sin que haya podido saber aún si lo va a editar o no), he citado algunos párrafos en los cuales va implícita la idea filosófica del existencialismo, relacionándola, precisamente, con ideas de Kierkegaard y Sartre. En su carta hay una visión más amplia de esta relación al introducir (en dicha relación) a varios filósofos posteriores a Cervantes en el tiempo. Por otra parte, en su ensayo "Cervantes, el filósofo de la razón vital dinámica", publicado en el No. 234 de "NORTE", usted da una

explicación precisa y clara de su posición con respecto a la fuente donde los filósofos vitalistas recogieron las ideas esenciales que luego elaborarían hasta constituir su propia escuela filosófica.

También yo creo en el impulso vital. Pero como una fuerza individual que permite al hombre modificar su destino, "rebasar las condiciones históricas" que lo acorralan. Es decir, que creo en un destino determinista (fuerza estática) susceptible de ser trascendido por el hombre al poner en movimiento sus potencias (fuerza dinámica). Creo que es ésta una concepción relativista. La creencia en un destino absoluto conduce a la inercia y al fatalismo que han sumido a algunos pueblos en un estatismo que podríamos llamar suicida.

De Oviedo, España

Leí los trabajos que bajo su firma se publican en el número 234, y debo felicitarle por estos trabajos que enfocan de una manera tan cordial y al mismo tiempo tan objetiva y realista, el espíritu que debe presidir a las tierras y hombres de México, tan ligado a la hispanidad, que resulta, efectivamente, falso el pretender enlazarla con un pasado precolombino, cuya existencia y riqueza cultural es evidente, pero que su fusión con la actual cultura puede ser semejante a la que en nosotros, los españoles, nos puede unir con el pasado romano.

Osvelda Rovelli de Riccio.

Magín Berenguer Alonso.



Miembros del Frente de Afirmación Hispanista, A. C., recordaron el 449 aniversario de la fundación de la ciudad de México.

El Hombre-Masa

Sería falta de juicio y sobra de temeridad, tanto el asegurar algo sin conocimiento de causa, como ignorar deliberadamente los juicios vertidos por los eruditos que tanto han hecho por esclarecer nuestro desarrollo cultural.

Durante el reciente Congreso Internacional de Microbiología el doctor Andre Lwoff, Premio Nóbel de Fisiología y Medicina, se creyó obligado a salirse de su casilla científica para opinar sobre un tema que a ojos vistas desconoce, pero eso sí, con una autosuficiencia como si poseyera los conocimientos históricos de un Silvio Zavala o un Madariaga.

Nos habló de exterminación de indios, y de destrucción de culturas prehispánicas como un párvulo de cualquier liceo que ha digerido su buena dosis de Leyenda Negra, máximo libelo difamatorio contra aquellos nuestros antepasados que fincaron la cultura mediterránea en este Continente.

No deja de ser algo cómico que un fisiólogo nos hable de historia, pero es grave cuando el lector se deja seducir por las palabras de un señor que por el solo hecho de ser un Premio Nóbel de Fisiología se cree obligado a inmiscuirse en asuntos harto delicados, y que además, prueban no ser de su competencia. Tal parece que es menester repetir las palabras de Sócrates en el *Carmides* de que "la sabiduría estriba en discernir lo que se conoce de lo que se ignora".

En *La Rebelión de las Masas* nos dice Ortega que debido a la especialización "el hombre de ciencia ha ido constriñéndose, reclusándose, en un campo de ocupación intelectual cada vez más estrecho (...). El especialista sabe muy bien su mínimo rincón de universo; pero ignora de raíz todo el resto (...). Pues bien: resulta que el hombre de ciencia actual es el prototipo del hombre-masa. Y no por casualidad, ni por defecto unipersonal de cada hombre de ciencia, sino porque la ciencia misma —raíz de la civilización— lo convierte automáticamente en hombre-masa; es decir, hace de él un primitivo, un bárbaro moderno".

Todavía se le perdona la mala entraña a Toynbee cuando vino a México a hablarnos del Fundador de la Patria, porque el señor es un historiador de primer orden que le molesta la figura de Hernán Cortés en su deseo de predominio anglo-sajón en América. Pero cuando a un fisiólogo se le ocurre darnos cátedra de historia ocurre un hecho tan grotesco como cuando Las Casas inventó su BREVISIMA RELACION DE LA DESTRUCCION DE LAS INDIAS allá por el año de 1552.

Le diremos al doctor Andre Lwoff la misma frase con que calificó Cortés a Casaus: QUI NON INTRAT PER OSTIUM FUR EST ET LATRO.

FORO DE NORTE

El

Quijote

en

Don

Hernando

reflexiones
del
director

Nos dice Papini que "Los libros más profundos y a la vez más populares, son libros de viajes; La Odisea, La Eneida, La Comedia, y luego, Gulliver, Robinson, Simbad, Las Cartas Persas, Fausto, Las Almas Muertas, y El Quijote".

La historia de Hernán Cortés es también un continuo viaje. España, La Española, Cuba, México, Guatemala, etc. Es el viaje el que nos abre las puertas a lo desconocido, excitante y aventurero.

A pesar de estar prohibida la impresión, venta y lectura de la Historia de las Indias y Conquista de México de Gómara, así como las Cartas o Relaciones de Cortés, por la Corona española, Cervantes como gran admirador de la caballería andante y padrastro del Caballero de la Triste Figura, tuvo que ser un profundo estudioso de la personalidad de Cortés.

¿Quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Es evidente que el conquistador es el prototipo de la caballería andante.

¿Qué la personalidad de Quijana y la de don Hernando se parecen? Claro que sí. Y además tuvo que haber influido la vida de Cortés en Cervantes y por ende en el Quijote.

LA SALIDA

Parte Cortés de Cuba medio a la carrera porque la envidia, "defecto específico del pueblo español" había hecho su presencia haciendo cambiar de opinión al señor gobernador en cuanto al permiso que le había concedido para embarcarse, a pesar de que los frailes Jerónimos de Santo Domingo habían otorgado a Fernando Cortés permiso de capitán y armador.

En efecto, tuvo nuestro héroe que salir "por la puerta falsa de un corral" para empezar su gloriosa aventura "... por el antiguo y conocido campo de Montiel", porque de otra forma ama y sobrina se lo hubieran impedido.

HEROISMO

Cortés había decidido su quehacer, y había encontrado su autenticidad. Quería seguir su vocación. Tomó sobre sí la responsabilidad de la decisión de su destino. Estaba dispuesto a ser él mismo, o a no ser, al decirle a unos amigos suyos en la Española "... que había de comer con trompetas o morir ahorcado". (Cervantes de Salazar). Tan decidido estaba en trascender al ser, que le responde a Velázquez "... estas cosas y las semejantes, antes han de ser hechas que pensadas"; en el momento de marcharse.

Sí, salió de Cuba nuestro héroe **"con sus armas y caballo a buscar las aventuras"**, **"con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo"**. "Y partióse de Santiago de Baracoa el 18 de noviembre, con más de trescientos españoles, en seis navíos". (Gómara). Tan convencido estaba de su misión que pudo haber dicho **"yo sé quién soy y sé qué puedo ser"**.

"Godwin reía a los veinte años leyendo el Quijote, pero a los sesenta se llenaba de admiración", dice Benjumea. Y otro tanto ocurre con los pasajes de la Historia de Hernán Cortés. En el capítulo XLVII de La Conquista de México por Gómara, dice: "Que se juntaron ciento y cuarenta mil hombres contra Cortés". Cuando don Quijote estaba dispuesto a atacar a los yangüeses, respondió Sancho **"... si éstos son más de veinte, y nosotros no más de dos"**. Sin embargo, nos subyuga la osadía del Caballero, así como admiramos las temeridades del Conquistador, porque el heroísmo es una virtud que posee un encanto irresistible.

TIEMPO

Partió Cortés a América a la edad de 19 años, habiendo residido en la Española algún tiempo, y pasó a Cuba más tarde como socio y consejero de Velázquez, llegando a ser tesorero del Rey a la edad de 26 años. Pierde el tiempo en devaneos amorosos con la cuñada del gobernador y se enemista con éste por dicho motivo. Se reconcilian más tarde: "Hola, señores, aquí está Cortés que viene a ofrecerse a su bizarro capitán". Ve fracasar a Hernández de Córdoba y Grijalva, y por fin le llega su oportunidad de decidir su destino para alcanzar eterno nombre y fama. Y **"... no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza"**. Renuncia nuestro héroe a todo cuanto poseía en Cuba, y escoje un programa de existencia: **"Caballero andante he de morir"**, "Grandes gastos he yo hecho, en que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Mas paréceme que cuanto de ella tengo menos, he acrecentado en honra. Hanse de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrecen". (Gómara). **"Pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y a los en el menesterosos de su favor y amparo"**.

DESTINO

El destino estaba decidido para nuestro Capitán, porque había elegido ser lo que sustancialmente era, decidiendo vivir históricamente **"... todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por propias obras con los excelentes varones de su tiempo y aún de los pasados. Así es que yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa"**. Habíase que poner **"... en ocasiones y peligros donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama"**. "Y cierto, más se extiende el deseo de gloria, que alcanza la vida mortal, al cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos uno ni pocos reinos". Tal era el ansia de gloria que tenía nuestro héroe, que imbuyó a sus atónitos capitanes y soldados antes de partir de Cuba. Don Quijote a Sancho **"... tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero"**. Cortés prometió a sus soldados **"... yo os haré en muy breve espacio de tiempo los más ricos hombres de cuantos jamás acá pasaron"**. Antes le había

dicho: "Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creáis que pretendo de ella tanto la ganancia cuando el honor; que los buenos más quieren honra que riqueza".

Decía don Quijote que **"... más vale el buen hombre que las muchas riquezas, y con la libertad no pueden compararse los tesoros que encierra la tierra"**. Bien sabía Cortés las incomodidades del cautiverio, y se percataba de la libertad que ahora poseía para cumplir su misión histórica con toda la fidelidad y el sacrificio que fueran menester.

VIDA

La vida de Cortés estuvo definida por las circunstancias que él decidió elegir. Buscó eterno nombre y gloria a través de su virtud y de su esfuerzo. El mismo se forjó su destino modelando su vida de acuerdo con su vocación. A sus soldados decía: "... aquí yo os propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos", porque **"... el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes"**. "Pero la virtud no quiere ociosidad; por tanto, quisiéredes llevar la esperanza por virtud o la virtud por esperanza", **"cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras"**. Cortés demostró más tarde en Cempoala fe inquebrantable en los deberes que él mismo había decidido imponerse. Ante las súplicas y quejas del cacique, nuestro Capitán **"... holgándose con lo que oyera, que hacía mucho a su propósito, dijo que le pesaba de aquel ruín tratamiento que se le hacía en sus tierras y súbditos, mas que tuviese por cierto que él se lo quitaría y aún se lo vengaría, porque no venía sino a deshacer agravios y a favorecer los presos, ayudar a los mezquinos y quitar tiranías"**.¹ **"Según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer"**.

Nos dice Gómara que Cortés **"gastaba liberalísimamente en guerra, en mujeres, por amigos y en antojos"**. Don Quijote dice: **"el rico no liberal será un ávaro mendigo, que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no gastarlas como quiera, sino saberlas bien gastar"**.

Bien sabido es que Cortés no dormía cuando se encontraba en apuros. Cuando la batalla de Cintla **"No durmió aquella noche Cortés; antes hizo llevar a las naves todos los heridos, etc."**. Más tarde cuando el sitio de Tenochtitlan le decía en sus relaciones a Carlos V que **"... había sesenta días que no dormía"**, antes de recibir la Cédula Real a su favor.

Recordemos a don Quijote reprendiendo a Sancho: **"Yo velo cuando tú duermes; yo lloro cuando tú cantas; yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto"**.

Todos estos paralelismos nos demuestran el espíritu que prevalecía en aquella España dinámica, y que Cervantes estuvo fuertemente influido por la vida de Cortés que era el símbolo viviente de los mitos caballerescos o aventureros de la época.

El propio Cervantes trató de escapar de su cautiverio en Argel varias veces, infructuosamente, habiendo demostrado ante un inminente peligro de muerte al haber sido descubierto, un alma heroica: **"ninguno de estos cristianos que aquí están tiene culpa en este negocio, porque yo sólo he sido el autor de él, y el que les ha inducido a que huyesen"**. La ambición de gloria en Cervantes se demuestra cuando dijo que prefería ser manco a no haber peleado en el golfo de Lepanto. Benjumea nos dice que **"... la novela del Quijote fue el pensamiento de toda la vida de Cervantes: desde su infancia, por su entusiasmo y deseo de aventuras, por la lectura continua de los libros de caballerías, que le aguijoneaba a imitar a los héroes en sus hechos extraordinarios; en su juventud, por sus empresas tan bien proyectadas como desgraciadamente concluidas, y finalmente, después, en sus esperanzas de premio y galardón, nunca cumplidas ni satisfechas"**.²

Es el Quijote una obra vitalista, que encierra la dinámica del pueblo ibérico. Ocho siglos de tensión guerrera contra el Islam, forjan una raza que invade a Europa, y que hubiera sujetado todo el norte de África de no haber sido por el Descubrimiento de América.

Los castellanos del siglo XV fueron prohombres que tenían ansiedad de gloria, y cifraban su honra en la victoria. Por gloria entendían honor, reputación, prez, entre los hombres y ante la historia. La riqueza era un medio y no un fin en sí. Un medio para alcanzar la honra. Sólo así se puede comprender la actitud de un Jiménez de Quesada, de un Alvar Núñez, de un Hernán Cortés, que dejaron lo cierto por lo dudoso en sus locos afanes de aventura.

Hernán Cortés como don Quijote de la Mancha son los símbolos de la filosofía existencialista que supo plasmar Cervantes en su novela y cada uno le ha demostrado al mundo a través de sus hazañas que: **CADA QUIEN ES ARTIFICE DE SU VENTURA**.

¹ Esta similitud cervantina ya la encuentra Alamán en sus *Disertaciones*, 1849.

² *La Estafeta de Urganda*. 1861.

FORO DE NORTE

retórica
obregonista

Epístola

Que el bachiller don Luis González Obregón, individuo numerario de ambas academias, la de la Lengua y la de la Historia; archivero de la Secretaría de Cámara del Virreinato, y coronista de ésta muy noble y muy leal Ciudad de México, etc., etc., envía al muy sapiente señor don Artemio de Valle Arizpe, abogado de esta Real Audiencia de la Nueva España, oidor de la Real Audiencia de la Nueva Galicia, decano de los doctores en Leyes de la Real y Pontificia Universidad de México y secretario que fue varios años del corregimiento de la nueva extremadura, de las provincias internas de Oriente.

Muy pío varón y letrado amigo mío:

Recordará Vuesa Merced que años ha, estando en las antecámaras de la Audiencia de esta Nueva España, en espera de ser recibidos por el Excelentísimo Señor Virrey y Capitán General, que a la sazón se encontraba en Real Acuerdo con sus Señorías los Señores Oidores, de plática en plática vinimos a conversar Vuesa Merced y yo relativamente a sucesos de vuestra tierra y entonces Vuesa Merced me dijo que tenía compuesto y aparejado ya para las prensas un ejemplar acontecimiento, que había llenado y llenaba de asombro aún a todas las gentes que habían sido testigos oculares o de oídas de tal portentoso acontecido.

Picada mi curiosidad y recogido por mí el benévolo prometimiento de Vuesa Merced, de que una vez que Vuesa Merced estuviese con el ocio y sosiego necesarios, me invitaría a gustar la lectura del texto en que se cuenta el casi romancesco magüer verídico sucedido en tan lejanas tierras de la Nueva Extremadura; y como tal día llegara, tuvo Vuesa Merced la fineza de darme aviso para que pasase al Real Monasterio de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, donde los muy reverendos religiosos le tenían aposentado, gozando en él Vuesa Merced de la mayor quietud y paz espiritual y corporal.

Ya en la celda, adonde acudí diligente al llamado de Vuesa Merced; sentados ambos en cómodos y vetustos sillones frailunos, fronteros a la abierta ventana, por la que se oteaba la gran copia de árboles y arbustos que crecían en la amena huerta del convento, y recibiendo la grata frescura del aire que traía conjuntamente el aroma del pomar y el de los floridos naranjos; a la postre de catar y paladear muy gustosos sendos cubiletillos de añejo vino de Santa María de las Parras (que con tanta habilidad elaboran los buenos Padres Ignacianos), Vuesa Merced, calándose sus redondas gafas de carey y atusados que fueron los mostachos y limpio ya con el repetido carraspear su robusto pecho, sacó con diligencia, del herrado arcón de su viaje, el manuscrito cuyo contenido yo ansiaba muy mucho conocer.

En las horas que duró la lectura, que para mí fueron breves y deleitosas, oía complacido, a la par que los donosos conceptos del tan sabroso romance de Vuesa Merced, la albórbola de los pájaros, el monótono chorro de la fuente y el melancólico tañer de la campaña, que llamaba a coro a los piadosos varones seráficos...

Al finir Vuesa Merced de leer su bien pensado y pulido Ejemplo, manifesté a Vuesa Merced que habría yo gran contentamiento en borrajear algunos folios, en loa y alabanza de la bella obra de Vuesa Merced, para que, si fuese servido de preceder con ellos la impresión, los diese a los moldes de la imprenta. Y como hubo accedido Vuesa Merced a mi ruego, lo que mucho le estimé, puso en mis manos los pliegos que de su obra se sirvió fiarme, los cuales leí varias veces con mis propios ojos y siempre contento, y devuelvo ahora con esta epístola para el ya dicho fin, enviándose los con Maese Porras, arriero de una recua que retorna a esa Nueva Extremadura después de haber conducido, aparte de sus mercaderías, al sobrino del señor Cura Arizpe (pariente vuestro, según pienso), que vino a cursar Latinidad y Filosofía en el Seminario Conciliar, y quedó haciendo votos porque los manuscritos del romance de Vuesa Merced no vayan a caer en poder de indios bárbaros, en alguno de los tantos asaltos que suelen sufrir los caminantes en esas carreteras, por donde a cada paso tiene uno que encomendar su ánima a Dios Nuestro Señor.

¿Y qué podré decir de su muy interesante historia, sino, poco más o menos, lo que un muy erudito coronista de las Indias dijo en elogio de cierta obra, cuyo título se escapa ahora a mi flaca memoria, pero que conservo en apuntes entre mis papeles?

La obra vuestra me ha divertido y enseñado mucho moralmente: aquello, por la hermosa variedad de los discursos y elección excelente de las materias; y esto, con la propiedad con que se dificulta, la eficacia con que se responde y la dulzura con que se persuade; pero todo con una singular facundia, con una notable y amena gracia, y con una excelente pureza de idioma. En cada episodio, siendo tan distintos, se excede Vuesa Merced a sí mismo, porque en todos avisa la peligrosa navegación que en medio de tan recias tempestades emprendía su héroe, el caballero de Aguirre; enseña Vuesa Merced el camino de la Eternidad, no sólo con ejemplos, sino con observaciones profanas, que para escarmiento de hombres como vuestro demoniaco Don Rodrigo, suelen tener el mismo vigor que las leyes.

La erudición arcaica de Vuesa Merced, siendo mucha y muy diestramente repartida, tiene una tan propia colocación, que más que buscada por el cuidado oficioso, parece que nació para el caso a que se aplica.

Yo justifico el axioma que afirma que para los hombres de bien todo país es propio, entendiendo por hombres de bien, hombres sabios, porque Vuesa Merced, mi querido señor Don Artemio, condena con su Don Rodrigo de Aguirre los errores populares, como si los hubiese tratado, y con él también define y combate los vicios, como si Vuesa Merced los hubiese padecido, y enseña a huirlos con la misma destreza que si los

conociese por la experiencia, siendo sólo por la noticia.

Dícese que los Párrocos se instruyen en el confesionario de toda especie de delitos y de sus circunstancias, y del doctísimo Jesuíta Tomás Sánchez se dijo que, sin embargo de haber muerto virgen, había sabido, por aquel medio, cuanto en el matrimonio y en su uso se puede averiguar, como testifica la misma obra suya y el siguiente **distico** latino, tan malévolo como cierto:

Tan bene scripsisti Sancti de libertate mariti, Ut cunctis constat te futuisse modis.

Pero Vuesa Merced, criado y mantenido en los estrados y bajo los doseles de las Reales Audiencias; retirado a la continua tarea de sus estudios de las letras sagradas y profanas, a la precisa servidumbre de las cátedras, y ceñido siempre a los rígidos principios de las leyes y pragmáticas de nuestro Soberano, que tuvo Vuesa Merced que cumplimentar cuando era Secretario del Corregimiento de la Nueva Extremadura, todavía parece en esa su hermosa obra hombre mundano, que materialmente trató todos sus engaños, para darlos al desprecio, y que ha tenido libertad entera para advertirnos lo que se debe repugnar y el derecho camino que debemos seguir; y como la sabia advertencia de Vuesa Merced previene todo esto con tanto acierto, es preciso confesar que son preciosos partos de su entendimiento instruido y laborioso y de su meditación vigilante y perspicaz.

En Vuesa Merced suplió una especulación clara y penetrante al defecto del conocimiento práctico de los sucesos pasados. Muchos rayos de luz mental son menester para esto. Ciertamente un letrado como Vuesa Merced, que no ha salido del gabinete, de los polvosos archivos y bibliotecas, revolviendo infolios y mamotreos, y todo ello dentro de los límites de su leja provincia, es, como dijo el insigne Salazar: un sol que registra toda la tierra sin salir de su cielo.

Con este noble fin hace Vuesa Merced servir aquel singular conocimiento, que con sus estudios ha adquirido, de las deliciosas antiguallas y de las vetustas costumbres que tan pintorescamente nos representa Vuesa Merced y de modo preciso nos la retrae en éste su libro intitulado **Ejemplo**. Parece que al entrar en cada capítulo de los que forman su dicho libro, tenía Vuesa Merced a una mano el dilatado campo de la Tradición, a otra el amenísimo jardín de la Historia, para arrancar a ambas manos las más escogidas flores de una y otra, siendo igualmente plausible aquella sutileza y maestría con que, aun en otros diversos asuntos de estas flores de erudición, sabe Vuesa Merced sacar algún espíritu de moralidad.

Guarde Dios a Vuesa Merced luengos, felicísimos y apacibles años para honor de las buenas letras.

México, a 24 días del mes de diciembre y año del Señor de 1918, víspera de su Natividad.

B. L. M. de vuestra señoría, su más adicto servidor y fiel amigo,

Luis GONZALEZ OBREGON.

Tomado de **Ejemplo**. Valle Arizpe

FORO DE NORTE

La tentación del horizonte

Por
Salvador
de
Madariaga

He de confesar paladinamente que detesto la etiqueta DIA DE LA RAZA para conmemorar un acontecimiento tan humano y universal como lo fue la arribada de Cristóbal Colón a Guanahani. Raza es cosa de perros y caballos. Sin negar —¿quién la negaría?— la acción de los genes en la historia, creo que la historia pueda más que los genes —y todavía no he dicho lo que hay de más absurdo en involucrar el 12 de octubre con “la raza”; y es que, en mi opinión, hasta ahora no refutada en serio por nadie, Colón era sefardita. Español pues, pero “raza” aparte.

Si no era judeo-español, era genovés. Ya entonces queda “la raza” bastante mal parada. ¿Qué buscó, pensó, vislumbró, aquel a quien se le ocurrió un día designar el 12 de octubre como “día de la raza”? Explotar el descubrimiento de América para reforzar la unión entre los hispanos de ambos mundos. ¿Cabe mayor disparate? No le cedo a nadie en cuanto a darle toda la importancia que tiene a la unión de todos los hispanos; pero ¿a quién se le ocurre fundarla en la raza? Aun suponiendo que exista una raza española, y ya es suponer, ¿qué pito toca este concepto en la unidad de los pueblos hispanos de ambos lados del océano? La unidad del mundo hispánico se debe a la cultura hispánica, no a su raza. Lo que hay de común entre un mexicano y un chileno no es la sangre —aun cuando ambos la lleven de España; es su modo de vivir y de ver.

Y aun dando de barato que existiera, no ya una raza española, lo que es más que dudoso, sino una raza hispánica o americana, lo que es a todas luces falso, ¿vamos a caer en el ridículo provincialismo de acaparar para “la raza” un día tan noble y universal como el doce de octubre? Nobleza obliga, dicen los franceses con mucha razón. Precisamente porque fueron los nuestros los que encarnaron aquel día tan grande, venimos obligados a vivirlo en el recuerdo con el espíritu humano y universal que corresponde a su talla. Al reducirlo a los límites de “la raza” lejos de servirlo le damos muerte.

Bien es verdad que Colón, al desembarcar, plantó en tierra la bandera real y tomó posesión de aquel “Cipango” o lo que fuera en nombre de Fernando e Isabel. Aquel gesto de Colón fue tan incoherente, tan incongruo, como el de Armstrong clavando en el suelo de la Luna un asta de aluminio que sostenía una banderita yanqui incapaz de flamear por falta de viento. Y ya se sabe lo triste que se queda una bandera que no puede ondear. Por esta tierra, cuando no ondea, cae flácida a lo largo del asta; en la Luna, se quedó rígida en su horizontal, donde la habían colocado los metalúrgicos que la fabricaron.

Pero no vayamos a erguir la cresta con una superioridad ilusoria, pensando en que la bandera real que Cristóbal Colón hundió en la playa de Guanahani ondearía; porque sí, que ondeaba en el aire movida por la brisa del mar, pero no ondeaba en la atmósfera que cuenta, que es la del espíritu. Ante aquellos naturales, un acto de posesión (concepto para ellos inconcebible) era inexplicable, incoherente, loco, **lunático**. Para nosotros fue un acto quizá con sentido histórico, aunque

efímero, pero carente de sentido humano.

En algo, quizá, superó el instante aquél al instante análogo de Armstrong y Aldrin: estos dos astronautas no plantaron más que un asta la de la banderita yanqui de aluminio. Colón plantó dos. Al lado de la bandera de los reyes de Castilla, plantó la bandera verde con la Cruz; y este símbolo, para aquellos españoles, era universal. Nosotros sabemos que no era en verdad tan universal como ellos creían, pero para ellos, la Cruz de Cristo era un símbolo universal; y por su universalidad, lava y salva el nacionalismo ingenuo de la F y la I, que como dos guardias llevaba a derecha e izquierda.

Y claro es que este símbolo universal pudo más que el otro, el nacional o racial o imperial, (que todo esto no estaba entonces tan claro como ahora); porque eso de "la raza" no impidió que a fines del siglo XVIII se desgarrara la unidad hispánica llamada Imperio; mientras que aun hoy queda viva la unión creada por la Cruz de Cristo en todo el Continente, de modo que la labor del conquistador fue menos duradera que la del fraile.

Sin embargo, no sería justo para Armstrong y Aldrin olvidár que ellos también al lado de la bandera nacional dejaron en la Luna una inscripción redactada en un estilo humano sin sombra de nacionalismo; y que, a falta de un aserto de fe religiosa, instalaron en la Luna aparatos representativos de la fe moderna que es la ciencia. Universal con mayores títulos que la fe cristiana, la ciencia es, sin embargo, una fe menos profunda; ya que, cuanto más sabemos más y mejor cuenta nos damos de lo que ignoramos y de la índole irreductible de nuestra ignorancia de lo esencial, porque, como dijo Tennyson, **nada que valga la pena saberse puede probarse**. Queda, sin embargo, en pie que tanto los astronautas, como Colón, aspiraron, a su modo, a dar a su acto un valor universal.

¿Qué los movía, a los unos y a los otros? Cedo a la tentación de citar un poema, letra de una bellísima melodía de Gabriel Fauré.

Le long du quai, les grands vaisseaux
Que la houle incline en silence
ne prennent pas garde aux berceaux
que la main des femmes balance.

Mais viendra le jour des adieux,
car il faut que les femmes pleurent,
et que les hommes, curieux,
tentent les horizons qui leurrent...

Et ce jour là, les grands vaisseaux.
devant le port qui diminue,
sentent leur masse retenue
par l'âme des lointains berceaux.

La melodía de Fauré, al conceder una nota entera a la e muda de **diminue** y de **retenue**, ha sabido expresar

con un arte asombroso, el apego de los navíos al puerto familiar, donde quedan las mujeres y los hijos. Este es el tema inmemorial, siempre renovado desde los tiempos en que los primeros pescadores, navegantes, exploradores volvieron la espalda a su hogar, hasta los héroes de la Luna. El poeta francés le otorga una fuerza sempiterna de destino, al sentar la ley natural:

car il faut que les femmes pleurent
et que les hommes, curieux,
tentent les horizons qui leurrent...

Pero el tema es tan hondo que estos tres versos se erizan de preguntas.

El primero plantea la fatalidad de la oposición entre los dos sexos: la mujer, al hogar y a los hijos; el hombre a ver lo que pasa allende el horizonte, magnífica evocación de los horizontes, en el poema francés. Pero, cuidado: **qui leurrent**. Palabra que sobrecoge el ánimo e incita a la meditación. Viene de la altanería. Leurre es el guante en forma de pájaro con el que el cazador llama al halcón. Es un artificio medio engaño medio ilusión; con el cual, dice el poeta, los horizontes atraen a los hombres. Pudo el poeta haber dicho: "tientan a los hombres"; pero, y es maravilla, dice lo inverso: que los hombres tientan a los horizontes. De las dos cosas que los horizontes pueden dar a los hombres, el engaño, la ilusión, otorgan a los que los tientan ya lo uno ya lo otro. A Magallanes, lo tentaron con la vuelta al mundo y lo engañaron matándolo en un oscuro encuentro con unos naturales de las islas hoy Filipinas; a Elcano lo tentaron con la ilusión de ir a navegar con Magallanes y le otorgaron la vuelta al mundo.

Pero todavía queda lo más misterioso entre dos cosas que sugiere el poema francés. Les hommes, **curieux**. Es decir, que para el poeta, el impulso que mueve a los hombres a tentar los horizontes iluso-engañosos es la curiosidad. Y aquí sí que estamos en el fondo del problema. Porque todavía se sigue escribiendo que lo que mueve al hombre es el anhelo de felicidad; que a lo que aspira el hombre es a ser feliz; lo cual, aunque parezca profundo, es una perogrullada. Porque lo mismo vale decir que a lo que aspira el hombre es a tener lo que no tiene. Si de las cien cosas que desea en un momento dado le falta una no será feliz. Y si por casualidad inaudita las tiene todas, pronto le aburrirá su felicidad y la tirará por la ventana.

El poeta francés dio con certera intuición en el blanco al que apunta la flecha del espíritu humano: **curiosidad de saber**. Y no tan sólo del saber libresco y teórico, sino aun más del saber vivido y cotidiano, de la experiencia, del baño continuo en las aguas del río de la realidad.

El hombre nace con esta pasión. ¿Qué hay allende el monte que me cierra la vista del valle próximo, allende el mar que allá lejos parece cerrarme el paso al besar el cielo? Esta pregunta es tan inmediata al ser como el mismo ser que la siente. Quizá proceda de un deseo pristino que siente el hombre de ensanchar el ámbito de su conciencia hasta abarcar toda la creación

—en cuyo caso—, esta necesidad e impulso de saberlo todo y vivirlo todo vendría a constituir nuevo indicio de la presencia immanente de Dios en la criatura humana.

Así se explicaría que el hombre, no contento con explorar toda la Tierra, haya aspirado a conocer también la Luna, los demás planetas, el sol y los arcanos allende el sistema solar. Ya desde la más remota antigüedad, chinos, indios y caldeos lograron definir y registrar numerosas nociones sobre el universo; pero hasta nuestros tiempos no se vislumbraron los métodos y técnicas para vencer las limitaciones humanas que se oponían a toda exploración interestelar. Sin embargo, por extraño que parezca, en cuanto a la técnica se refiere, el esfuerzo humano no ha cambiado de índole sino sólo de osadía e intensidad. Y aun este aserto requerirá cuidadoso retoque.

Convendrá distinguir aquí lo que la gente cree de lo que de veras hay. Los peligros que corrían Colón y sus compañeros en sus cáscaras de nuez eran tremendos; pero los que creían correr eran fabulosos. Hay que medir su arrojo no sólo por lo que pudo haberles ocurrido sino por lo que imaginaron que les podría ocurrir. Gigantes, monstruos, árboles con ramas móviles y prensiles, océanos en ebullición, precipicios hasta el centro de la tierra, y, quizá lo más temible, sirenas de busto de mujer y alma diabólica, todo esto lo llevaban en la fantasía aquellos marinos de poco saber y mucha imaginación que descubrieron América. Su hazaña fue por lo tanto más heroica que la de los astronautas cuyo mucho saber frenó y como que urbanizó su imaginación, e impidió el hervir de su fantasía.

Por extraño que parezca, la hazaña de Colón y sus compañeros, no sólo en sí, sino como símbolo de los exploradores de la tierra desde la antigüedad hasta ayer, implicó una ruptura mucho más osada con la base humana que el asombroso viaje a la Luna. Distingamos bien el reto a las limitaciones del hombre considerado como tal unidad vital y el divorcio entre el tentador de horizontes y su base humana colectiva. Ambos aspectos se dan en toda la historia de la curiosidad humana.

El hombre tiene que luchar contra la fatiga. Si anda mucho, tiene que sentarse o echarse; si nada mucho, se lo traga el mar. El cerebro viene en su auxilio. Doma caballos, inventa la rueda, imagina el barco —es decir, descubre, sin darse cuenta, el principio de Arquímedes— crea la vela; y así a través de los siglos, lucha contra la gravedad y logra cada vez mayores triunfos contra ella en los dos aspectos que más le importan: la seguridad y la velocidad.

Hay que pararse aquí para observar ese empeño, esa terquedad del ser humano en negarse al imperio de la ley natural. ¿Qué en el mar se hunden los troncos de madera maciza cargados de gente? Los hace huecos para que floten. ¿Qué el agua los carcome y penetra en el hueco? Los barniza con brea. Y así, sostendrá una lucha continua contra la ley natural, imponiéndole su voluntad o por fuerza o por adaptación.

Ejemplo dramático fue el empeño de los hermanos Wright. Lo natural para viajar por los aires era el globo; y los alemanes, por los años 30, lograron un éxito

notable con su Zeppelin, en el que viajé una vez de Río de Janeiro a Friedrichshafen en cuatro días. Era una de las dos soluciones: adaptarse a la gravedad mediante un enorme volumen de hidrógeno (luego helio) que la contrarrestaba permitiendo elevar un volumen mucho más chico de peso útil.

Pero los hermanos Wright se pronunciaron por la otra solución: hallar modo de vencer la gravedad mediante la velocidad y la forma del ala. Al primer pronto, parece empeño loco, ir contra lo natural; pero basta pensar en las aves, todas más pesadas que el aire, para darse cuenta de que se trata de otra adaptación más sutil, menos evidente, a la ley natural. ¿Qué ocurre pues? Que el hombre, frente a una ley natural, en vez de someterse a ella aceptándola como límite a su empresa, somete la ley a su voluntad, y la utiliza para ensanchar el ámbito de su potencia.

En este aspecto, pues, el de la confrontación del hombre con la naturaleza y sus leyes, el avance humano no ha cesado jamás desde que el primer pescador, nadador, cazador, quiso hacer algo más, ir más allá, mirar más lejos o más alto que los demás. Y la conquista de la Luna marca hasta ahora el ápice de este esfuerzo; porque no ha habido hasta ahora desafío más osado a la ley natural que la invasión del espacio allende las leyes de la tierra y su atmósfera que hasta ahora habían limitado la expansión humana. Las funciones vitales de respiración y eliminación no rigen fuera de la atmósfera. Ya no se trataba sólo de la mera gravitación. Había que vencer la necesidad imperiosa de respirar sin aire y de nutrirse sin la tierra. También estos límites, si bien por tiempo a su vez limitado, lograron vencerse. En este aspecto, pues, la lucha humana contra la ley natural sigue su curso ascendente.

Queda el otro aspecto: el de la ruptura del explorador con su base humana. A primera vista, parece que no puede darse corte mayor que el que separó de la tierra a los primeros exploradores de la Luna; pero pronto se echa de ver que esta manera de considerar las cosas se refiere a lo meramente material —al hecho de estar la Luna separada de la Tierra por una enorme distancia de espacio casi vacío. Si se examina el tema desde el punto de vista espiritual, del contacto de los que se van con los que se quedan, resulta claro que la hazaña de Colón y sus compañeros es mucho más asombrosa; porque, cuando se hacen a la vela de La Gomera, proa resuelta a Poniente, aquel puñado de hombres se separa de verdad, y para mucho tiempo, de la base humana a la que pertenece. Separación total en lo consciente, que la comunicación y aun la comunión continua del subconsciente hacía sin duda todavía más intolerable. Durante aquellos meses, las tres carabelas vivieron en lo espiritual como tres lunas de la sociedad española, pensando en ella pero mirándola tan de lejos como la Luna mira a la Tierra, y sin sombra de esperanza de comunicación.

Con lo cual su esperanza de hallar tierra tomaba una doble tensión emotiva: tierra era para ellos la salvación de la muerte, la resolución de aquella su ansiedad e incertidumbre algo así; como la duda que habrán

abrigado Armstrong y Aldrin de si se elevaría el vehículo de la Luna hacia el bajel principal en que aguardaba Collins; pero también la comunicación, si no con los de casa, con otros hombres: el fin de la espantosa soledad en que han debido hallarse en aquellos mares interminables, separados de todo el grupo al que en alma y sangre pertenecían.

Esta atroz soledad del espíritu es la que no han conocido los astronautas. Casi estaría uno tentado de sospechar que han debido darse durante el viaje de los astronautas momentos de envidia de Colón y de los suyos, que nunca tuvieron que oír observaciones, escuchar consejos, acatar órdenes que intervenían hasta detalles nimios de su existencia. Cabe imaginar que si los argonautas colombinos hubieran podido recibir de la base de Palos tales o cuales instrucciones, irían encaminadas sobre todo a velar por sus oraciones y por la pureza de sus actos y relaciones; como dizque Carlos V antes de la batalla de la Goleta, pidió a sus soldados se perdonaran mutuamente todas las injurias.

Pura fantasía. En los hechos escuetos, la diferencia evidente es que en tiempos de Colón hubo quiebra completa de la comunicación entre los navegantes y la base humana; y en tiempos de Armstrong, no la hubo ni un segundo; antes al contrario, los astronautas estuvieron en contacto constante con la base aun para los detalles menudos y concretos de su existencia. Y esta diferencia no deja de reflejarse en otro aspecto todavía más importante del tema, el de la libertad o **cantidad de ser** del explorador.

Aquellos hombres que descubren América, los que la conquistan y la pueblan, dan la impresión de haber sido **hombres de mucho ser**: como corresponde a su mucha libertad. Y no sólo el Almirante, fuente de fe, o Pinzón, fuente de energía y don de mando (en que Colón no era muy fuerte); sino los marineros también. Aquellas tres carabelas eran como tres repúblicas de hombres libres, donde se criticaba, se difería, se discutía y aun se condenaba al capitán, y hasta se aspiraba a obligarle a volver. Las cosas se decidían, aplicaban, retocaban, corregían, por discusión entre jefes, habida cuenta de "la opinión pública" o sea del humor de las tripulaciones; y tan pronto se viraba al norte como al sur, o se estaba al paio por un ascenso tácito o expreso, del capitán y su gente. No ya lejana sino inaccesible la base, aquella compañía de hombres era una república flotante independiente.

Volvamos ahora el recuerdo hacia aquella cápsula que llevó a la Luna a los tres astronautas. ¿A qué estado quedaron reducidos aquellos tres hombres sino al de tres autómatas teleguiados por la central? Aquí se imbrica en nuestro análisis otro factor de sin igual importancia hoy: la técnica. Los navegantes de antaño eran hombres libres apenas "prolongados" y limitados por algún que otro instrumento, como la brújula; pero los astronautas de hoy son poco más que piezas humanas de un solo aparato inmenso, cuya base está en Houston, y que cuenta con sucursales receptoras e inventoras en todo el planeta. El curso de la cápsula está calculado al segundo de arco y al segundo de tiempo.

Toda la operación se lleva a cabo con sujeción absoluta a los cálculos previos y a las instrucciones y cálculos instantáneos de los ordenadores del viaje. La libertad de los astronautas es casi nula; su cantidad de ser, mínima. Si se intercambian dos astronautas a última hora la operación sigue idéntica. Si Colón muere a fin de julio del 92 no se descubre América.

Esta observación justifica un retoque que procede hacer a la información moderna sobre la navegación espacial. Sin disminuir en nada las cualidades intelectuales y morales que se necesitan para ir a la Luna, es justo reconocer que la labor con mucho más asombrosa es la de los hombres de ciencia y los técnicos que hicieron posible la hazaña de los astronautas. Así pues, un paralelo entre Colón y Armstrong y Aldrin no tiene sentido. El verdadero paralelo ha de ser entre Colón y todo el inmenso aparato científico técnico de que formaron parte los dos astronautas como piezas importantes aunque no maestras. La humanidad se revela más grande en la conquista de la Luna; el hombre fue más grande en el descubrimiento de América.

Esta tensión entre el hombre individual y el hombre colectivo acompaña al género humano desde su aparición en la tierra. En uno de mis libros recientes —RETRATO DE UN HOMBRE DE PIE— he intentado simbolizarla representando las tendencias individuales o verticales del hombre por el árbol y las colectivas u horizontales por la vaca. El árbol es solo y señero; la vaca es ante todo rebaño. Mientras la vaca, con sus cuatro pezuñas sobre la tierra, se nutre de ella y sobre ella deja caer sus excrementos, el árbol crece en dirección contraria a la línea que une su simiente con el centro del planeta, de modo que su anhelo es huir de la tierra para tocar el cielo con las puntas de sus ramas. Ya antes vimos que la curiosidad induce al hombre a verlo todo y vivirlo todo, movido por un deseo de abarcar toda la Creación, lo que parece sugerir que este anhelo de saber y vivir sea de origen divino. Inferiremos, pues, que este anhelo pertenece a la naturaleza "arbórea" del hombre. Nos tocará ahora inquirir si, en la ambición exploradora que hace tantos siglos mueve a la humanidad, no se dará también un impulso-vaca, un deseo de satisfacer los instintos terrestres del rebaño.

Esa banderita de aluminio... Esa bandera de Castilla... Claro es que, en los tiempos de Colón todo esto era menos claro que ahora; que no podía tratarse entonces de nacionalismo en nuestro sentido ("sentido", de sentir) porque entonces tampoco había naciones en nuestro sentido. Aun en 1650, en los ANALES DE POTOSÍ, las naciones son los extremeños y los vascos, los andaluces y los castellanos... y los criollos. Pero, si no cabe equiparar el nacionalismo de hoy —el de los astronautas, por ejemplo— con el sentimiento colectivo que animaba a los compañeros de Colón, siempre queda que, en uno como en otro caso, se trata de una tendencia de rebaño, una tendencia vaca.

Esta tendencia ha ido tomando vigor a medida que, resquebrajada la unidad del mundo cristiano (o sea Europa) por la Reforma y el Descubrimiento de

América, surgen las naciones modernas. En tiempos de Colón, hay vasallos de tal o cual rey; en tiempos de Armstrong hay ciudadanos yanquis. La cohesión social ha aumentado con la libertad política; pero son fuerzas contrarias.

Varias son las causas de esta doble evolución, política hacia mayor libertad, social hacia menor libertad; pero una de las más fuertes ha sido el progreso de la técnica. Las redes de distribución de agua, luz, fuerza, teléfono, radio, televisión, han hecho al hombre (aunque cada vez más libre en lo político) algo así como una mera pieza de la maquinaria social. Ello ha contribuido a reforzar el sentido gregario de todos, a dar en cada alma humana más vigor a la vaca y menos al árbol.

Si se compara cualquiera de las dos expediciones —de Alvar Núñez Cabeza de Vaca con la de Stanley, se echa de ver al punto que el español es Alvar Núñez mientras que el inglés es Inglaterra. En Alvar Núñez, todo es fruto del esfuerzo personal; en Stanley todo está preorganizado a base de apoyos colectivos. Y en Alvar Núñez todo es curiosidad, pero en Stanley más que curiosidad, hay interés.

No exageremos. Las especies, el camino de las Indias (en Colón hasta la venta de esclavos), en todos el oro y las perlas, son alicientes de la empresa. Cortés, antes de conquistar a México declaró que o lo colgarían o comería en vajilla de oro. El interés, al fin y al cabo, puede ser también impulso de vida individual, y en ella, fuerza horizontal, rebaño, vaca, en cuanto busca a sobresalir entre las demás vacas del rebaño; motivo muy otro y mucho más terreno y pedestre que el de la curiosidad, pan del espíritu, que busca la luz del cielo, y en el cielo, al Creador del mundo.

Aquí hallaremos la raíz de ese perenne debate: si hay que ir a la luna o si vale más gastar el dinero en mejorar la condición humana de los menos favorecidos. A la luna, responden los hombres-árboles, anhelando el más-allá del saber. A la tierra, responden los hombres-vacas pensando en el rebaño que padece hambre y sed. Y aun queda el tercer grupo, quizá el más potente: a la luna no para saber más sino para poder más. Son los que aspiran a hacer de su rebaño el más potente entre los rebaños del mundo. Se alejan de la tierra sólo para volver a ella con más fuerza animal.

Este debate es perenne porque todos los hombres son a la vez árbol y vaca, ser humano único en relación directa con Dios, y miembro del rebaño enredado en las relaciones interhumanas. La lucha habrá de desarrollarse en el arcano del ser individual. Un mero sentido de propagación y armonía basta para vislumbrar y sentir que ir a la Luna, y a Marte y a Alfa-Centauro, no tiene sentido, dejando atrás la incesable guerra civil que arde entre ricos y pobres, o entre naciones y naciones. Los hombres-árboles habrán de purificar su ambición. La índole universal de su impulso de curiosidad prueba que este impulso es divino: pero para no crucificar al Dios inmanente que llevan dentro los hombres-árboles, tendrán que exigir que su vuelo hacia el espacio brote de una humanidad menos indigna.

FORO DE NORTE

La
Raza
Cósmica

por
José
Vasconcelos

Desde los primeros tiempos, desde el descubrimiento y la conquista, fueron castellanos y británicos, o latinos y sajones, para incluir por una parte a los portugueses y por otra al holandés, los que consumaron la tarea de iniciar un nuevo período de la Historia conquistando y poblando el hemisferio nuevo. Aunque ellos mismos solamente se hayan sentido colonizadores, trasplantadores de cultura, en realidad establecían las bases de una etapa de general y definitiva transformación. Los llamados latinos, poseedores de genio y de arrojo, se apoderaron de las mejores regiones, de las que creyeron más ricas, y los ingleses, entonces, tuvieron que conformarse con lo que les dejaban gentes más aptas que ellos. Ni España ni Portugal permitían que a sus dominios se acercase el sajón, ya no digo para guerrear, ni siquiera para tomar parte en el comercio. El predominio latino fue indiscutible en los comienzos. Nadie hubiera sospechado, en los tiempos del laudo papal que dividió el Nuevo Mundo entre Portugal y España, que unos siglos más tarde, ya no sería el Nuevo Mundo portugués ni español, sino más bien inglés. Nadie hubiera imaginado que los humildes colonos del Hudson y el Delaware, pacíficos y hacendosos, se irían apoderando paso a paso de las mejores y mayores extensiones de la tierra, hasta formar la República que hoy constituye uno de los mayores imperios de la Historia.

Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo nuestra época; pugna de instituciones, de propósitos y de ideales. Crisis de una lucha secular que se inicia con el desastre de la Armada Invencible y se agrava con la derrota de Trafalgar. Sólo que desde entonces el sitio del conflicto comienza a desplazarse y se traslada al continente nuevo, donde tuvo todavía episodios fatales. Las derrotas de Santiago de Cuba y de Cavite y Manila son ecos distantes pero lógicos de las catástrofes de la Invencible y de Trafalgar. Y el conflicto está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo. En la Historia, los siglos suelen ser como días; **nada tiene de extraño que no acabemos todavía de salir de la impresión de la derrota. Atravesamos épocas de desaliento, seguimos perdiendo, no sólo en soberanía geográfica, sino también en poderío moral.** Lejos de sentirnos unidos frente al desastre, la voluntad se nos dispersa en pequeños y vanos fines. **La derrota nos ha traído la confusión de los valores y los conceptos; la diplomacia de los vencedores nos engaña después de vencernos; el comercio nos conquista con sus pequeñas ventajas. Despojados de la antigua grandeza, nos ufamamos de un patriotismo exclusivamente nacional, y ni siquiera advertimos los peligros que amenazan a nuestra raza en conjunto.** Nos negamos los unos a los otros. **La derrota nos ha envilecido a tal punto, que, sin darnos cuenta, servimos los fines de la política enemiga, de batirnos en detalle, de ofrecer ventajas particulares a cada uno de nuestros hermanos, mientras al otro se le sacrifica en intereses vitales. No sólo nos derrotaron en el combate, ideológicamente también nos siguen venciendo.** Se perdió la mayor de las batallas el día en que cada una de las

repúblicas ibéricas se lanzó a hacer vida propia, vida desligada de sus hermanos, concertando tratados y recibiendo beneficios falsos, sin atender a los intereses comunes de la raza. Los creadores de nuestro nacionalismo fueron, sin saberlo, los mejores aliados del sajón, nuestro rival en la posesión del continente. El despliegue de nuestras veinte banderas de la Unión Panamericana de Washington deberíamos verlo como una burla de enemigos hábiles. Sin embargo, nos ufamamos, cada uno, de nuestro humilde trapo, que dice ilusión vana, y ni siquiera nos ruboriza el hecho de nuestra discordia delante de la fuerte unión norteamericana. No advertimos el contraste de la unidad sajona frente a la anarquía y soledad de los escudos iberoamericanos. Nos mantenemos celosamente independientes respecto de nosotros mismos; pero de una o de otra manera nos sometemos o nos aliamos con la Unión sajona. Ni siquiera se ha podido lograr la unidad nacional de los cinco pueblos centroamericanos, porque no ha querido darnos su venia un extraño, y porque nos falta el patriotismo verdadero que sacrifique el presente al porvenir. Una carencia de pensamiento creador y un exceso de afán crítico, que por cierto tomamos prestado de otras culturas, nos lleva a discusiones estériles, en las que tan pronto se niega como se afirma la comunidad de nuestras aspiraciones; pero no advertimos que a la hora de obrar, y pese a todas las dudas de los sabios ingleses, el inglés busca la alianza de sus hermanos de América y de Australia, y entonces el yanqui se siente tan inglés como el inglés en Inglaterra. **Nosotros no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España.** Lo cual no impide que seamos distintos cada vez que sea necesario, pero sin apartarnos de la más alta misión común. Así es menester que procedamos, si hemos de lograr que la cultura ibérica acabe de dar todos sus frutos, si hemos de impedir que en la América triunfe sin oposición la cultura sajona. Inútil es imaginar otras soluciones. La civilización no se improvisa ni se trunca, ni puede hacerse partir del papel de una constitución política; se deriva siempre de una larga, de una secular preparación y depuración de elementos que se transmiten y se combinan desde los comienzos de la Historia. Por eso resulta tan torpe hacer comenzar nuestro patriotismo con el grito de independencia del padre Hidalgo, o con la conspiración de Quito; o con las hazañas de Bolívar, **pues si no lo arraigamos en Cuauhtémoc y en Aatahualpa no tendrá sostén,** y al mismo tiempo es necesario remontarlo a su fuente hispánica y educarlo en las enseñanzas que deberíamos derivar de las derrotas, que son también nuestras, de las derrotas de la Invencible y de Trafalgar. **Si nuestro patriotismo no se identifica con las diversas etapas del viejo conflicto de latinos y sajones, jamás lograremos que sobrepase los caracteres de un regionalismo sin aliento universal y lo veremos fatalmente degenerar en estrechez y miopía de campanario y en inercia impotente de molusco que se apega a su roca.**

Para no tener que renegar alguna vez de la patria misma es menester que vivamos conforme al alto inte-

rés de la raza, aun cuando éste no sea todavía el más alto interés de la Humanidad. Es claro que el corazón sólo se conforma con un internacionalismo cabal; pero en las actuales circunstancias del mundo, el internacionalismo sólo serviría para acabar de consumir el triunfo de las naciones más fuertes; serviría exclusivamente a los fines del inglés. Los mismos rusos, con sus doscientos millones de población, han tenido que aplazar su internacionalismo teórico, para dedicarse a apoyar nacionalidades oprimidas como la India y Egipto. A la vez han reforzado su propio nacionalismo para defenderse de una desintegración que sólo podría favorecer a los grandes Estados imperialistas. Resultaría, pues, infantil que pueblos débiles como los nuestros se pusieran a renegar de todo lo que les es propio, en nombre de propósitos que no podrían cristalizar en realidad. El estado actual de la civilización nos impone todavía el patriotismo como una necesidad de defensa de intereses materiales y morales, pero es indispensable que ese patriotismo persiga finalidades vastas y trascendentales. Su misión se truncó en cierto sentido con la Independencia, y ahora es menester devolverlo al cauce de su destino histórico universal.

En Europa se decidió la primera etapa del profundo conflicto y nos tocó perder. Después, así que todas las ventajas estaban de nuestra parte en el Nuevo Mundo, ya que España había dominado la América, la estupidez napoleónica fue causa de que la Luisiana se entregara a los ingleses del otro lado del mar, a los yanquis, con lo que se decidió en favor del sajón la suerte del Nuevo Mundo. El **«genio de la guerra»** no miraba más allá de las miserables disputas de fronteras entre los estaditos de Europa y **no se dio cuenta de que la causa de la latinidad, que él pretendía representar, fracasó el mismo día de la proclamación del Imperio** por el solo hecho de que los destinos comunes quedaron confiados a un incapaz. Por otra parte, el prejuicio europeo impidió ver que en América estaba ya planteado, con caracteres de universalidad, el conflicto que Napoleón no pudo ni concebir en toda su trascendencia. La tontería napoleónica no pudo sospechar que era en el Nuevo Mundo donde iba a decidirse el destino de las razas de Europa, y al destruir de la manera más inconsciente el poderío francés de la América debilitó también a los españoles; nos traicionó, nos puso a merced del enemigo común. Sin Napoleón no existirían los Estados Unidos como imperio mundial, y la Luisiana, todavía francesa, tendría que ser parte de la Confederación Latinoamericana. Trafalgar entonces hubiese quedado burlado. Nada de esto se pensó siquiera, porque el destino de la raza estaba en manos de un necio; porque el cesarismo es el azote de la raza latina.

La traición de Napoleón a los destinos mundiales de Francia hirió también de muerte al Imperio español de América en los instantes de su mayor debilidad. Las gentes de habla inglesa se apoderan de la Luisiana sin combatir y reservando sus pertrechos para la ya fácil conquista de Texas y California. Sin la base del Misipí, los ingleses, que se llaman asimismo yanquis por una simple riqueza de expresión, no hubieran lo-

grado adueñarse del Pacífico, no serían hoy los amos del continente, se habrían quedado en **una especie de Holanda trasplantada a la América, y el Nuevo Mundo sería español y francés. Bonaparte lo hizo sajón.**

Claro que no sólo las causas externas, los tratados, la guerra y la política resuelven el destino de los pueblos. Los Napoleones no son más que membrete de vanidades y corrupciones. La decadencia de las costumbres, la pérdida de las libertades públicas y la ignorancia general causan el efecto de paralizar la energía de toda una raza en determinadas épocas.

Los españoles fueron al Nuevo Mundo con el brío que les sobraba después del éxito de la Reconquista. Los hombres libres que se llamaron Cortés y Pizarro y Alvarado y Belalcázar no eran Césares ni lacayos, sino grandes capitanes que al ímpetu destructivo adunaban el genio creador. En seguida de la victoria trazaban el plano de las nuevas ciudades y redactaban los estatutos de su fundación. Más tarde, a la hora de las agrias disputas con la Metrópoli, sabían devolver injuria por injuria, como lo hizo uno de los Pizarros en un célebre juicio. Todos ellos se sentían los iguales ante el rey, como se sintió el Cid, como se sentían los grandes escritores del siglo de oro, como se sienten en las grandes épocas todos los hombres libres.

Pero a medida que la conquista se consumaba, **toda la nueva organización iba quedando en manos de cortesanos y validos del monarca. Hombres incapaces ya no digo de conquistar, ni siquiera de defender lo que otros conquistaron con talento y arrojo.** Palaciegos degenerados, capaces de oprimir y humillar al nativo, pero sumisos al poder real, ellos y sus amos no hicieron otra cosa que echar a perder la obra del genio español en América. La obra portentosa iniciada por los férreos conquistadores y consumada por los sabios y abnegados misioneros fue quedando anulada. Una serie de monarcas extranjeros, tan justicieramente pintados por Velázquez y Goya, en compañía de enanos, bufones y cortesanos, consumaron el desastre de la administración colonial. La manía de imitar al Imperio romano, que tanto daño ha causado lo mismo en España que en Italia y Francia; el militarismo y el absolutismo, trajeron la decadencia en la misma época en que nuestros rivales, fortalecidos por la virtud, crecían y se ensanchaban en libertad.

Junto con la fortaleza material se les desarrolló el ingenio práctico, la intuición del éxito. Los antiguos colonos de Nueva Inglaterra y de Virginia se separaron de Inglaterra, pero sólo para crecer mejor y hacerse más fuertes. La separación política nunca ha sido entre ellos obstáculo para que en el asunto de la común misión étnica se mantengan unidos y acordes. La emancipación, en vez de debilitar a la gran raza, la bifurcó, la multiplicó, la desbordó poderosa sobre el mundo; desde el núcleo imponente de uno de los más grandes Imperios que han conocido los tiempos. Y ya desde entonces, lo que no conquista el inglés en las Islas, se lo toma y lo guarda el inglés del nuevo continente.

En cambio, nosotros los españoles, por la sangre, o por la cultura, a la hora de nuestra emancipación

comenzamos por renegar de nuestras tradiciones; rompimos con el pasado y no faltó quien renegara la sangre diciendo que hubiera sido mejor que la conquista de nuestras regiones la hubiesen consumado los ingleses. Palabras de traición que se excusan por el asco que engendra la tiranía, y por la ceguera que trae la derrota. Pero perder por esta suerte el sentido histórico de una raza equivale a un absurdo, es lo mismo que negar a los padres fuertes y sabios cuando somos nosotros mismos, no ellos, los culpables de la decadencia.

De todas maneras las prédicas desespañolizantes y el inglesamiento correlativo, hábilmente difundido por los mismos ingleses, pervirtió nuestros juicios desde el origen: nos hizo olvidar que en los agravios de Trafalgar también tenemos parte. La ingerencia de oficiales ingleses en los Estados Mayores de los guerreros de la Independencia hubiera acabado por deshonrarnos, si no fuese porque la vieja sangre altiva revivía ante la injuria y castigaba a los piratas de Albión cada vez que se acercaban con el propósito de consumir un despojo. La rebeldía ancestral supo responder a cañonazos lo mismo en Buenos Aires que en Veracruz, en La Habana, o en Campeche y Panamá, cada vez que el corsario inglés, disfrazado de pirata para eludir las responsabilidades de un fracaso, atacaba, confiado en lograr si vencía, un puesto de honor en la nobleza británica.

A pesar de esta firme cohesión ante un enemigo invasor, nuestra guerra de Independencia se vio amenzada por el provincialismo y por la ausencia de planes trascendentales. **La raza que había soñado con el imperio del mundo, los supuestos descendientes de la gloria romana, cayeron en la pueril satisfacción de crear nacioncitas y soberanías de principado**, alentadas por almas que en cada cordillera veían un muro y no una cúspide. Glorias balcánicas soñaron nuestros emancipadores, con la ilustre excepción de Bolívar, y Sucre y Petion el negro, y media docena más a lo sumo. Pero los otros, obsesionados por el concepto local y enredados en una confusa fraseología seudo revolucionaria, sólo se ocuparon en empequeñecer un conflicto que pudo haber sido el principio del despertar de un continente. Dividir, despedazar el sueño de un gran poderío latino, tal parecía ser el propósito de ciertos prácticos ignorantes que colaboraron en la Independencia, y dentro de ese movimiento merecen puesto de honor; pero no supieron, no quisieron ni escuchar las advertencias geniales de Bolívar.

Claro que en todo proceso social hay que tener en cuenta las causas profundas, inevitables, que determinan un momento dado. Nuestra geografía, por ejemplo, era y sigue siendo un obstáculo de la unión; pero si hemos de dominarlo, será menester que antes pongamos en orden al espíritu, depurando las ideas y señalando orientaciones precisas. Mientras no logremos corregir los conceptos, no será posible que obremos sobre el medio físico en tal forma que lo hagamos servir a nuestro propósito.

En México, por ejemplo, fuera de Mina, casi nadie pensó en los intereses del continente; peor aun, el patriotismo vernáculo estuvo enseñando, durante un siglo, que triunfamos de España gracias al valor indomable de nuestros soldados, y casi ni se mencionan las Cortes de Cádiz, ni el levantamiento contra Napoleón, que electrizó a la raza, ni las victorias y martirios de los pueblos hermanos del continente. Este pecado, común a cada una de nuestras patrias, **es resultado de épocas en que la Historia se escribe para halagar a los déspotas**. Entonces la patriotería no se conforma con presentar a sus héroes como unidades de un movimiento continental, y los presenta autónomos, sin darse cuenta que al obrar de esta suerte los empequeñece en vez de agrandarlos.

Se explican también estas aberraciones porque el elemento indígena no se había fusionado, no se ha fusionado aún en su totalidad, con la sangre española; pero esta discordia es más aparente que real. Háblese al más exaltado indianista de la conveniencia de adaptarnos a la latinidad y no opondrá el menor reparo; dígamele que nuestra cultura es española y en seguida formulará objeciones. Subsiste la huella de la sangre vertida: huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular. Y no hay otro recurso. Los mismos indios puros están españolizados, están latinizados, como está latinizado el ambiente. Dígame lo que se quiera, los rojos, los ilustres atlantes de quienes viene el indio, se durmieron hace millares de años para no despertar. En la Historia no hay retornos, porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va. Esta verdad rige lo mismo en los tiempos bíblicos que en los nuestros, todos los historiadores antiguos la han formulado. Los días de los blancos puros, los vencedores de hoy, están tan contados como lo estuvieron los de sus antecesores. Al cumplir su destino de mecanizar el mundo, ellos mismos han puesto, sin saberlo, las bases de un período nuevo, el período de la fusión y la mezcla de todos los pueblos. **El indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el camino ya desbrozado de la civilización latina**. También el blanco tendrá que deponer su orgullo, y buscará progreso y redención posterior en el alma de sus hermanos de las otras castas, y se confundirá y se perfeccionará en cada una de las variedades superiores de la especie, en cada una de las modalidades que tornan múltiple la revelación y más poderoso el genio.

Tomado de La Raza Cósmica.

Aproximación entre Cervantes y Ortega y Gasset

publicado en *La Lealtad*
Buenos Aires, Argentina

por Braulio Sánchez Saez

El problema del hombre y sus aptitudes dentro de la sociedad que le tocó vivir, o sea la "circunstancia", tiene vivencia perenne. Sobre tal concepción se movieron —y siguen moviéndose— infinitas fichas del juego de las ideas. Evidentemente el pensamiento del hombre que, según Xenius "juega y trabaja", hace de ambas aptitudes, movimientos sobre los cuales, se podría sugerir que sea la "dinámica" conceptual de la existencia. Se vive "andando" se muere cuando se adormece el espíritu y una quietud soporífica, dominan nuestros movimientos y amodorra el pensamiento. Se trata de una muerte "temporal" lo que equivale a una ocultación de las ideas y la paralización de nuestro organismo funcional, ante un estado de somnolencia anulativo, en ocasiones extenso.

Este aspecto sensitivo y dinámico, ya lo notó Agustín Basave Fernández del Valle, en su enjundioso libro "Filosofía del Quijote". Sugerencias bastante dignas de consideración, se deducen de la obra de Horacio Maldonado, en "Alonso Quijano, el Bueno" y en aproximación Ildelfonso Pereda Valdés, en sus "Ensayos Cervantinos". Colindantes se encuentran en muchos estudios de uno y otro continente cultural, en acción definidora, aproximado —insiste—; solamente en las "Meditaciones del Quijote" de Ortega y Gasset. Y, llegando a esta breve introducción, trataremos de exponer, esa consecuencia analógica, para ver (hasta qué punto), la vitalidad conceptual que existe entre Cervantes y Ortega y Gasset.

Mi intromisión deductiva que expongo en estas rápidas anotaciones, han sido sugeridas por el ensayo de Fredo Arias de la Canal, apreciable escritor mexicano, en su trabajo sobre "La Filosofía Dinámica de Cervantes a Ortega". Breve y sustancioso esquema, en donde el autor trata de encontrar —y lo consigue— ver de qué forma Ortega ha tenido, desde remotos tiempos, en sus "consecuencias", el itinerario del libro cervantino para su

filosofía, precisamente del hombre que, en su acción vital, hace del movimiento y la sabiduría un complemento vital.

Sería bueno para encontrar antecedentes, retornar al singular estudio de Eugenio D'or, en su meduloso libro, la filosofía del hombre que juega y trabaja, ya indicado. Indudablemente se mueve el "pensamiento", en sus funciones vivificantes, cuando el ser no se sujeta, simplemente, a un "estado" de quietud, merced de los miembros activos, tal el deportista en sus músculos. Esa manera —o forma— de vitalidad, no depende de los sentidos. sino. más bien, de las extremidades.

La obra del pensamiento es siempre de visión interior, tratando de coadunar, fragmentaciones dispersas, para cierta unidad del pensamiento en acción.

Indudablemente la obra de Cervantes —y me refiero a "Don Quijote de la Mancha"— ha sido y lo seguirá siendo, no un libro de aventuras deleitables, como muchos se imaginan, todo lo contrario, es una fuente de vivencia corporal y de vivencia, en donde se unen el pensamiento, la rectitud y la acción.

Fredo Arias de la Canal, nos expuso en su ensayo las dos formas de pensar, en Cervantes y Ortega y Gasset. Se mancomunan y sostienen una fuerza homogénea, de un resultado filosófico. La exposición deductiva del ensayista mexicano, nos dan la pauta, para toda una "razón de ser y de pensar", uniendo la esencia del clásico, para sus ideaciones contemporáneas, en una finalidad consecuente, del "hombre y la circunstancia". En pocas líneas se han evidenciado verdades interrogables, de que sin duda alguna, Ortega ha tenido para sus elementos analíticos de su "filosofía" la filosofía cervantina. El hombre procura una meta y se desvive por alcanzarla, tratando si fuese factible, dominar la aptitud pasiva, en una fuerza dinámica; adaptando a su vivir la propia consecuencia esquiva; vale decir, la circunstancia, como expresión real, de su modo y ser del hombre en su mundo. Pero, claro está, siempre y cuando esa fuerza escondida del agonista pueda y deba superar —y dominar— las energías dormidas en su cerebro. Y ahí se encuentra, precisamente, la génesis de este ensayo.

Gonzalo Fernández de la Mora, en su valioso libro "Ortega y el 98", ya resalta la filiación cervantina en Ortega, como también, esa "promoción del 98", en donde se pueden ver rutas muy amplias, en Azorín, Maeztu, e incluso en el propio Pío Baroja. Caminos sondeados por los hombres un poco anteriores al 1900, en donde fue —digámoslo así— resuelto, tanto el propio Cervantes como su hidalgo caballero, figura y creación unidad hasta la médula.

El ensayo de Fredo Arias de la Canal, convida a nuevos análisis en la concepción filosófica de Ortega, que no vieron muchos de los estudiosos. en la esencia filosófica de Ortega, el "filósofo elegante", como algunos lo tildaron, tal vez sin profundizar esa "elegancia", que no era otra que la dicción magnífica, de un hombre que piensa y define, para aclarar conceptos oscuros.

Interesante trabajo de Arias de la Canal, digno de atención por cuanto sugiere al lector.

FORO DE NORTE

Desembarco del General Paredes

Comunicación del Coronel Henry Wilson, al Secretario de Guerra, señor William L. Marcy, con motivo del Desembarco del General Paredes.

Cuartel General,
Departamento de Veracruz, Agosto 15 de 1847.

Señor:

Tengo el honor de informar a usted que el 14 del actual el vapor británico "Teviot", Capitán May, llegó aquí de Inglaterra y de La Habana, trayendo a bordo al General Paredes bajo el nombre supuesto de M. Martinez, quien a consecuencia de la tardanza del Oficial Encargado del Abordaje, Capitán Clark, desembarcó entre las 6 y 7 a.m. de incógnito, de un bote de 4 remos, notoriamente preparado para el caso; al pasar por la reja del muelle fue reconocido por un Inspector, quien no hizo caso de él; por consiguiente ordené inmediatamente la destitución de ambos, el Inspector y el Capitán Clark, el primero por haber desatendido el principal objeto de su nombramiento como Inspector al no dar noticia, no obstante que mi oficina se encuentra a unos cuantos pasos del muelle.

A corta distancia del malecón, el mensajero del Gobierno Británico y el señor Alejandro Atocha, lo encontraron y reconocieron ambos en él a la persona del General Paredes. **Que el mensajero británico no hubiese informado nada, no es de sorprender, pero que el señor Atocha hubiera mostrado tanta indiferencia a la llegada de una persona tan importante, me pareció extraño.** Le pedí por consiguiente que compareciera en mi oficina, y le pregunté si pretendía ser americano, habiéndome contestado afirmativamente. Le hice entonces la pregunta de por qué razón, como ciudadano americano, no había informado inmediatamente de la llegada del General Paredes. Su contestación fue que él no era un espía; que no pedía nada a los Estados Unidos, ni deseaba que le dieran nada; en suma, me pareció que él, como americano, no se fijaba en que era su deber cooperar (mientras residiera aquí), en cualquier cosa que pudiera resultar en beneficio de su patria adoptiva.

Los extranjeros también han demostrado en esta ocasión particular, sentimientos decididamente hostiles a nuestro Gobierno, olvidando que son neutrales, y que como tales están obligados a no tomar partido de ningún lado; la Casa inglesa de Manning, Mackintosh and Company, por ejemplo, pidió al señor Dimond, el Recaudador, las llaves del equipaje que se sabía pertenecían al General Paredes.

Habiendo llegado el General a la casa de un tal José G. Zamora, comerciante del país, exhibió una carta de presentación de París y pidió que se le proporcionaran en seguida caballos para él y un criado, petición que fue obsequiada inmediatamente; y apenas diez minutos después de haber desembarcado pasó por una de las puertas de la ciudad, en camino para el interior, sin que yo mismo, o cualquiera de mis oficiales, hubiera podido evitarlo por la circunstancia de ser desconocida

FORO DE NORTE

su llegada y su presencia, y porque **las cartas del Cónsul de los Estados Unidos en La Habana, que daban noticia de su salida**, no me fueron entregadas hasta después de la partida del General, por tenerlas en su poder una señora pasajera que estaba a bordo.

La conducta del Comandante del vapor es reprochable en alto grado, por dejar desembarcar a un enemigo de una nación amiga en un puerto que está en poder de ésta. Refiero estos hechos para consideración de usted, para lo que tenga a bien determinar, porque es una circunstancia bien sabida y conocida por los pasajeros, que el Capitán del vapor estaba enterado del carácter de su pasajero, quien en varias conversaciones hizo observar que México era en verdad un país desafortunado, y que **un país en donde nadie podía gobernar más que Santa Anna**, el cual no poseía ni talento, ni honradez, ni capacidad militar, era en verdad digno de lástima; que estaba por consiguiente seguro de que no había más alternativa para el país, que la de echarse en brazos de los Estados Unidos o en los de las naciones europeas.

Observará usted, por consiguiente, que si el General Paredes salió de esta ciudad, no fue por falta de vigilancia, porque al hacérseme conocer el hecho, inmediatamente ordené una busca en toda la manzana de donde efectuó su partida, pero fue en vano, ya había salido, y eso seguramente aún antes de que el Oficial de Abordaje hubiera visitado el barco.

He puesto en conocimiento de usted todas las circunstancias del caso, para que si usted lo estima conveniente, las presente al Secretario de Estado, para su información respecto a la conducta del Comandante de un barco de una potencia neutral y amiga, como parece serlo la Gran Bretaña; y para que dé instrucciones al señor Dimond, Recaudador de este puerto, **a fin de que se comuniquen con el Cónsul Británico pidiéndole que le haga saber las razones que tuvo el Comandante del Paquebote "Teviot" para permitir a un pasajero que desembarcara contra todas las reglas establecidas**, antes de ser visitado por la persona designada oficialmente para desempeñar esa tarea.

Tengo el honor de ser, muy respetuosamente, su más obediente servidor.

HENRY WILSON,
Coronel Comandante del Ejército
de los Estados Unidos.

Al H. William L. Marcy,
Secretario de la Guerra,
Washington, D. C.

Tomado del **Diario del Presidente Polk**
Traducido y acotado por Luis Cabrera. Robredo, 1948

"Sostenemos un Credo cuya base es la Libertad"

CARTA
DEL DIRECTOR
DE "MI ARTICULO",
ARGENTINA

José
Ríos

El día jueves 16 de abril de 1970, a la hora 7 de la mañana, fue allanado nuestro domicilio particular ubicado en la calle Clara 4558 (Sagayo) Montevideo, por funcionarios de la Policía de Investigaciones de Montevideo. Luego de exhibir una "orden de allanamiento" firmada por un juez (cuyo nombre no recordamos) penetraron al interior, ocupándose en registrar muebles, biblioteca, libros, folletos, cartas.

Se ocuparon preferentemente en examinar detenidamente nuestro archivo de cartas personales. Asimismo leyeron la colección de nuestra Hoja Literaria "MI ARTICULO". Su labor prosiguió con la lectura de una carpeta conteniendo ejercicios de un Curso de Secretariado Comercial y en donde se guardaban también hojas conteniendo ejercicios corregidos para "aprender a escribir a máquina". Les llamó la atención varios tomos encuadrados donde pegamos recortes de prensa de carácter político e histórico desde el año 1933 en adelante. Prosiguieron su ingrata tarea ojeando brevemente algunos libros y folletos tomados al azar de nuestra biblioteca. Finalizado su trabajo de inspección, tomaron nota de los documentos personales de los habitantes de la casa y se retiraron no llevándose papel u objeto alguno.

Debemos acotar que uno de los pesquisas permaneció durante todo el procedimiento con una metralleta en la mano.

Debemos confesar, con toda lealtad, que ignoramos totalmente el motivo que impulsó al Sr. juez a firmar una orden de allanamiento de nuestro domicilio. Hasta ahora nos creímos personas honradas y correctas; pero la policía de Montevideo parece tener de nuestra persona, un concepto diferente. Solo así se puede justificar tan inusitado procedimiento policial.

Tenemos que decir que nuestra lucha en el campo social, político, gremial, religioso, periodístico, siempre fue a la luz del día. Mostramos la cara porque nos agrada decir nuestras verdades de frente, leal y sin cortapiza. Exponemos nuestras modestas ideas a plena luz y no rehusamos la responsabilidad de

nuestros dichos y actitudes. Somos hombres libres en una República libre. Cuando escribimos no lo hacemos para un determinado sistema de gobierno, sino siempre teniendo a la vista el destino superior de nuestra patria. Nos equivocamos —somos humanos y falibles— pero nos equivocamos de buena fe. Rectificamos el rumbo cuando nos hacen comprender que caminamos por la senda errada.

Sostenemos un CREDO cuya base es la LIBERTAD. Luchamos —como lo hizo nuestro padre JOSE ARTIGAS— para que esa LIBERTAD sea total, en el orden político, religioso, económico, cultural, individual. Somos de los que creemos que solo llevando a la práctica el ideario ARTIGUISTA el Uruguay será libre y feliz.

Pensamos, también, que no puede edificarse la grandeza de una nación con el silencio de sus hijos. Los bueyes trabajan con la cabeza gacha; los hombres libres trabajan y hablan. Las ideas se predicán entre los hombres; el monólogo debe desaparecer para dar cabida al diálogo.

Al escribir esta denuncia lo hacemos para dar estado público a un hecho que no queremos se repita en perjuicio de otro ciudadano uruguayo. No escribimos amargados, sino imbuidos de una razonada y justa indignación del que se siente herido moralmente por una acción que cree injusta.

Tenemos fe en los hombres. Creemos en la dignidad y la moral humana. Hay reserva moral en los hombres que dirigen la cosa pública. También existen jueces que dictan sus fallos bajo el dictado de la justicia.

Queda en manos de esas autoridades, y en manera especial, en la gestión del Sr. Jefe de Policía de Montevideo, Cnel. ALFREDO GUZMAN RIVERO la clarificación de tan desagradable episodio.

FORO DE NORTE

Norte:
Continuadora
de
la
Raíz
Hispana

Es norma —y no queremos sustraernos a ella— señalar, cuando se refiere a una publicación, que la misma está impresa en... ésta o aquella calidad de papel, confeccionada y tipográficamente lograda de tal o cuál manera. Aquí, para "Norte", es imposible sustraerse a su presentación e impresión por que la misma llega con tal alarde de gusto exquisito que silenciarlo sería una falta casi imperdonable. Pero esto, con todo, es lo de menos. Porque a decir verdad —y para tratar de "Norte", la revista que creara, fundara y mantuviera muchos lustros el gran poeta Alfonso Camín, olvidado de Asturias imperdonablemente, el tema siempre es largo y ancho— aquí lo que menos importa es su esmerada presentación: lo que importa como publicación continuadora de la más recia raíz hispana es la siembra que se hace en cada una de sus páginas, siempre dispuestas a enaltecer la historia y la gloria de la raza desde todos los tiempos a esta parte.

Si obligados fuésemos a reseñar algún tema sobre el número 232 de "Norte", varios habrían de serlo, y, de entre ellos, por ejemplo, tendrían que sobresalir la pequeña "biografía de don Salvador de Madariaga". Sus premios, medallas y condecoraciones. La segunda carta que Cortés envía a Carlos V, para describir la vida de los indios que él encontró en su conquista de México, o Méjico, como gusten.

No podría, asimismo, olvidarse que, en la sección poética, los más diversos autores tienen en dichas páginas un espacio floreciendo. Los temas, aquí tratados, son muchos y diversos: cien páginas dan para todos los temas.

Y, en resumen, cada página de "Norte" abre un paréntesis al interés, ya que cada caso alberga una razón, discutible, pero, de todos modos, una razón expresada en pro de la función que concibe ahora el nuevo equipo que forma y mantienen esta revista creada y nacida pensando en el "Norte" de España y cuyas riendas lleva actualmente el señor Fredo Arias de la Canal, con raíz asturiana.

El "Frente de Afirmación Hispanista" que forman el ejército de esta publicación, ha concedido la medalla de oro "José Vasconcelos" al insigne polígrafo e historiador don Salvador de Madariaga, gallego.

Y es, en apoyo de toda la Raza, una fecunda continuidad caminiana.

Tomado de LA VOZ DE ASTURIAS Abril 1970

Albino Suárez

CHARLA CON RODOLFO USIGLI

El autor de *Corona de Luz* es un hombre avasalladoramente simpático, a más de poseer un ingenio que yo catalogaría de chispeantemente encantador. Es un hombre que viene de vuelta y viniendo de vuelta de todos los caminos sabe sonreír y poner y hallar fragancias en las grandes y pequeñas cosas de la vida. Es un hombre de esos a los que la gloria no suele embriagar. Esto sin duda es raro en nuestro tiempo, donde cualquier guacamayo con plumas prestadas presume y se jacta de genial. Usigli, siendo un genio del teatro, se comporta con la elegancia justa del gran señor y jamás presume lo que es ante nadie. No en vano es un extraordinario buho pensador, aunque se oculte en la ligereza de la gracia, que nunca, si se profundiza, es ligera en él.

Fue, por tanto nuestro encuentro con Rodolfo Usigli, un encuentro feliz. Nosotros le recordamos aquella frase de Bernard Shaw sobre él: "México puede matarlo de hambre, pero nunca negar su genio". Usigli sonrió. Luego comenzamos por hablar de poesía. Usigli, según nos dijo, publicará próximamente en Milán un libro de versos titulado: **Tiempo y Memoria en Conversación Desesperada**.

De este libro son los versos que siguen:

"Dicen que el amor es duro,
pero no dura el amor.
El diamante más seguro
es más seguro carbón".

Gran dramaturgo es Usigli, pero como poeta no es menos grande. Por eso nos gusta llamarlo poeta dramático. Hablamos de poesía antes que nada, porque sigue siendo verdad aquello de Juan Ramón de "Amor y poesía cada día".

R.U.—Para mí el tiempo y la memoria son los padres de la poesía.

NORTE.—¿Y cuáles son los poetas predilectos de Rodolfo Usigli?

R.U.—Baudelaire, Rimbaud, Elliot, López Velarde, el verdadero padre de la poesía mexicana y desde luego José Gorostiza. Yo pensé —continúa— en otro tiempo que Pellicer iba a ser el mejor poeta de México, pero ahora he rectificado y sé que es Gorostiza. Pellicer sin duda es un buen poeta, su poesía es pintoresca y brillante dentro de la tradición chocaniana.

NORTE.—Hablemos de teatro. ¿Cuál es el significado del teatro para Usigli?

—R.U.—El teatro es el único género literario que permite la comunión.

NORTE.—Y bien, ¿qué opina Usigli sobre el concepto que tiene el hombre ordinario sobre el teatro —el teatro tomado como simple diversión?

R.U.—Yo creo que el público acepta todo lo que se le da; pero distingue lo bueno de lo malo. Hay un público que busca la fuga de la realidad y otro que busca la expresión o sentido de la realidad. El teatro que abre la conciencia.

NORTE.—¿Para qué sirve al hombre el conocimiento del teatro en su vida ordinaria?

R.U.—Para conocerse a sí mismo.

NORTE.—¿Es un invento del hombre el teatro?

R.U.—Sí, el hombre inventó el teatro porque a través del teatro sintió que podía comunicarse con los dioses y desde Sófocles el teatro sirvió para la comunicación del hombre con el hombre y para la crítica del hombre.

NORTE.—¿Cuál sería la diferencia entre el concepto que tuvo —o tiene— Shakespeare del teatro a la de Rodolfo Usigli?

R.U.—Eso no puede aventurarse, pero creo que el mismo: expresar al hombre y expresar al mundo.

NORTE.—¿Cree Usigli que el teatro debe ser función de un pequeño núcleo en la sociedad o, por el contrario, debe ser función del pueblo entero?

R.U.—El pueblo entero, si comulga con el teatro, ya forma parte de él y, decididamente, el poeta dramático debe hacer que todos participen en la comunión del drama, porque el teatro, según Bernard Shaw, debe ser y ha sido en sus grandes épocas, una catedral.

NORTE.—¿Para qué sirven al espectador las impresiones teatrales?

R.U.—Para lo que sirve el arte en general: para estimular el sentimiento de cosas superiores, pero que siendo superiores guardan relación con él porque lo expresan.

NORTE.—Una pregunta fuera de lugar: ¿Quién es Usigli?

R.U.—Usigli es un hombre que es diplomático por accidente y poeta dramático por fatalidad.

NORTE.—¿La tesitura de un personaje tiene cambiantes? •

R.U.—Si no hay una evolución en el personaje no hay catarsis. Pero en el teatro bueno siempre la tesitura de un personaje tiene cambiantes. El rey Lear se vuelve loco y recobra su razón. Edipo cumple su destino y se arranca los ojos. Hamlet pasa de la indecisión a la acción. Siempre tiene, pues, que haber una evolución si no hay acción y movimiento y para mí la poesía del teatro es la acción, no el diálogo. Sí, sí, la poesía está en la acción.

NORTE.—¿Por qué usted como autor evidencia los problemas y no los resuelve?

R.U.—A esta pregunta voy a contestar contando una anécdota. Tuvimos un gran poeta en México, que fue ministro de México en Madrid. Este poeta que se llamaba Enrique González Martínez y creo que es sobradamente conocido y que era simbolista en gran parte, combatió la teoría de Rubén Darío escribiendo contra el cisne runemiano. En un soneto suyo dice así: "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje", pues también, González Martínez, concedía la supremacía al buho pensador. Quizás por eso en todas sus poesías, nuestro gran poeta, hablaba del más allá y de una puerta que se tiene que abrir un día ante uno para revelarle lo mejor.

El entonces presidente de la Academia de la Lengua, que era Federico Gamboa le reprochó al poeta que siempre nos dejaba frente a la puerta del misterio, pero nunca llegaba a abrirla. González Martínez le con-

testó así: "Yo no soy Dios".

NORTE.—Bien, díganos ahora ¿la literatura que usted necesita para escribir sus obras es un medio o un fin?

R.U.—Yo leo profesionalmente las cosas serias con un espíritu crítico y sólo me divierten las novelas policíacas, con ellas descanso.

NORTE.—¿Cómo nació, su vocación teatral?

R.U.—Con mis dedos que eran personajes. El dedo cordial era el rey; el índice el consejero, el anular la princesa, la reina; el meñique el paje, el pulgar el bufón. Así en la mano derecha y en la izquierda estaban los opositores: el aspirante a la corona, el aspirante a consejero, el aspirante a princesa, etc. Todos estos personajes discutían entre sí y de este modo fue como aprendí yo el diálogo.

NORTE.—Y díganos ¿en qué se inspira usted para escribir sus obras?

R.U.—Recibo la impresión y, cuando la recibo y hago contacto, escribo.

NORTE.—¿Cómo ve usted el panorama teatral de México?

R.U.—Sin mucha claridad, se ensaya un poco todo, pero no hay una línea definida. Hay una frase revolucionaria, pero muy expresiva. Dice así: "Cada cuál se compra su cañoncito para hacer la guerra, pero no hay un punto de confluencia para los cañonazos".

NORTE.—¿Qué autores mexicanos actuales destacaría usted?

R.U.—Hay algunos que han triunfado, como Luis Basurto, que es de los que han tenido mayores éxitos del público. Están otros como Carballido que es un autor muy estimable, Luisa Josefina Hernández y Sergio Magaña. Todos ellos se han significado en su medida, pero si se trata de escoger yo me quedo con Basurto porque tiene mucho sentido de la emoción dramática y con Luisa Josefina.

NORTE.—¿De entre todas sus obras cuál prefiere usted?

R.U.—Todas, pues todas ellas son hijos y con iguales derechos. Hijos bien paridos y hechos a mano. En todas mis piezas se encontrará un aire de familia, pero todas y cada una de ellas son enteramente individuales.

NORTE.—¿Podemos saber cuáles son sus autores preferidos?

R.U.—Claro que sí: los que yo trato de seguir y respetar. Empiece con Sófocles y Aristófanes, siga por Shakespeare y Moliere, deténgase un momento en esa sociedad civil de capital limitado que es el teatro español del Siglo de Oro (Lope, Tirso, Calderón, Alarcón, etc.), y salte luego al siglo XIX: Alfredo Musset, Ibsen, Strindberg, Bernard Shaw y pare usted de contar.

NORTE.—Y ahora, ¿puede usted decirme qué aconsejaría usted a un joven con vocación teatral?

R.U.—Que estudiara, que leyera y que viera buen teatro. Yo pasé diez o doce años de mi vida leyendo un promedio de tres piezas diarias antes de escribir mi primera obra.

NORTE.—Y ahora, señor Usigli, con su permiso

vamos a hablar de otras cosas. ¿Le parece? ¿Díganos el nombre de una flor?

R.U.—La rosa.

NORTE.—¿El de una mujer?

R.U.—Eva.

NORTE.—¿El de un pueblo?

R.U.—México.

NORTE.—¿Qué es el amor?

R.U.—Un aroma fugaz.

NORTE.—¿Qué edad tiene usted?

R.U.—Sesenta y dos años.

NORTE.—¿Qué cosas ha aprendido un hombre a esa edad?

R.U.—Que siempre tiene que volver a empezar. Hay un dicho mexicano que reza: "Hay que renacer cada día".

NORTE.—¿Qué es la experiencia?

R.U.—La experiencia es el salario del fracaso, aunque también es el resultado del conocimiento.

NORTE.—Nuestra última pregunta ¿a qué aspira Rodolfo Usigli?

R.U.—A vivir en paz.

NORTE.—Que se cumplan sus deseos y muchas gracias por su amabilidad para con nosotros.



Francisco Corzas

Método y Mito

por Salvador Elizondo

Se desanda el camino que ya nos había conducido a esa ebriedad suprema que es el conocimiento de lo real. Hay algo de esta caminata, de esta cura, en todo movimiento que tiende a convertirse en grafía; en toda imagen que se forma. Parece como que todo fuera un instante de ese retorno del último fondo **sentimental** de la materia, que encierra, para mí, la esencia de esas representaciones que constituyen la obra pictórica. Pero ahí también está la infinita melancolía del drama estático de estos espectáculos sublimemente lamentables. Está también esa quietud mineral, frágil tal vez, cuya substancia es la tibieza musgosa de ciertas comisuras o la oquedad cavernosa que las cabelleras negras, malignas y sedosas —como las que imagina Baudelaire— crean en la densidad translúcida de los cuadros.

Lo anterior se ajusta a un propósito intelectual: demostrar el carácter eminentemente gratuito que tienen muchos proferimientos críticos acerca de la pintura. No sirven para contestar de una vez por todas, la siguiente pregunta: ¿por que **preferimos**?

El primer cuadro de Corzas que vi en mi vida es un desnudo de mujer y la impresión que me produjo esa pintura nunca se ha borrado. Persiste con la desfachatez y con la certidumbre que tienen algunos hechos que resultan inclasificables a la conciencia que tenemos o que guardamos de ellos.

A esto contribuye sin duda el carácter eminentemente cultural que damos a nuestra actividad de clasificación. Esto equivale a situar la obra de arte en un punto determinado, del transcurso de una actividad que, a su vez, sólo ocupa un punto determinado, pero desconocido, en la extensión de lo que la actividad clasificatoria más vasta abarca, no siendo esta extensión sino una zona mínima del espíritu. Se trata entonces de situar ese hecho destinado a la eternidad en confrontación con esa eternidad que lo contiene. Ese tipo de análisis de la obra de arte sólo es posible si se prescinde en él del concepto (o figuración) del tiempo. La mente humana sólo puede realizar esta operación si concibe que el mundo es una sucesión de instantes estáticos. En función de esta idea pienso que el pintor es el que consigue crear un instante que dentro de este decurso es perdurable; como si en él se realizaran las aspiraciones inconscientes de una memoria absoluta en la que a su vez, el mundo mismo estuviera contenido.

EL TEATRO MENTAL

Este es el segundo teatro mental que he concebido. El primero se refiere a las posibilidades de notación algebráica de los gestos, y el presente, que se refiere a la posibilidad de concretar algunos hechos mentales como la memoria, el sueño y el mito: para nosotros, como realizadores mentales de esos hechos y para Corzas como inventor de ese contenido irreal de nuestra realización mental. Veo entonces ese recinto que tiene un carácter que conjuga a la vez la luz crepuscular, la luz de vela y la luz que se proyecta, infinitamente filtrada por los tegumentos y las aponeurosis alabastrinas, en el interior de las vísceras y que tiene una calidez que

no es ni animal ni humana, sino estrictamente pictórica.

Este tipo de descubrimientos tiende a agudizar una intuición encaminada siempre a informarnos acerca, no de nuestra vida de relación o de nuestra individualidad, sino acerca de nuestra vida en el nivel de la especie. Encuentro que algunas pinturas de Corzas, vistas a la luz de ese instinto que descubre con toda claridad las formas críticas que la realidad contiene, descubren esa conciencia que siempre se experimenta acompañada de un estremecimiento y de un escalofrío.

Recobro la memoria de esos universos que acontecen en las criptas letárgicas y resonantes del recuerdo, ese dato inclasificado, es decir absolutamente ambiguo. En todas estas pinturas subyace un **método** y estas líneas dan cuenta de la tentativa de desentrañar ese método; es decir, el argumento de ese drama, la trama que a través de un desarrollo infinito que conduce a un clímax siempre instantáneo, se resuelve en un desenlace irreal, figurado inexistente en la instantaneidad, cuya representación es.

La primera norma de esta tentativa es la de extraer la obra de arte de su contexto cultural. Situarla en él es una tarea demasiado fácil para ser significativa y bastaría para realizarla decir de ella que "se remonta a la tradición de la pintura de la luz: Georges La Tour, Caravaggio, Velázquez, Rembrandt, hasta las pinturas de la Quinta del Sordo. El color empleado simbólicamente como representación de los sentimientos del pintor, una característica muy definida del expresionismo alemán. El sentido dramático de la figuración, afín tal vez a ciertos caracteres propios, pero ignorados, de algunas pinturas de Goytia y de Orozco que pueden haber sido estudiadas por Corzas en la escuela de La Esmeralda. El empleo psicológico de las texturas: un contacto con el expresionismo abstracto. El mundo funambulesco entresacado de la lectura o de la intuición de textos como **Le Vieux Saltimbanque** de Baudelaire; o que Ensor es importante en su pintura". Todo esto se podría decir sin que ello ilustre cabalmente el funcionamiento del método. Se requieren otros análisis.

LOS TRASHUMANTES

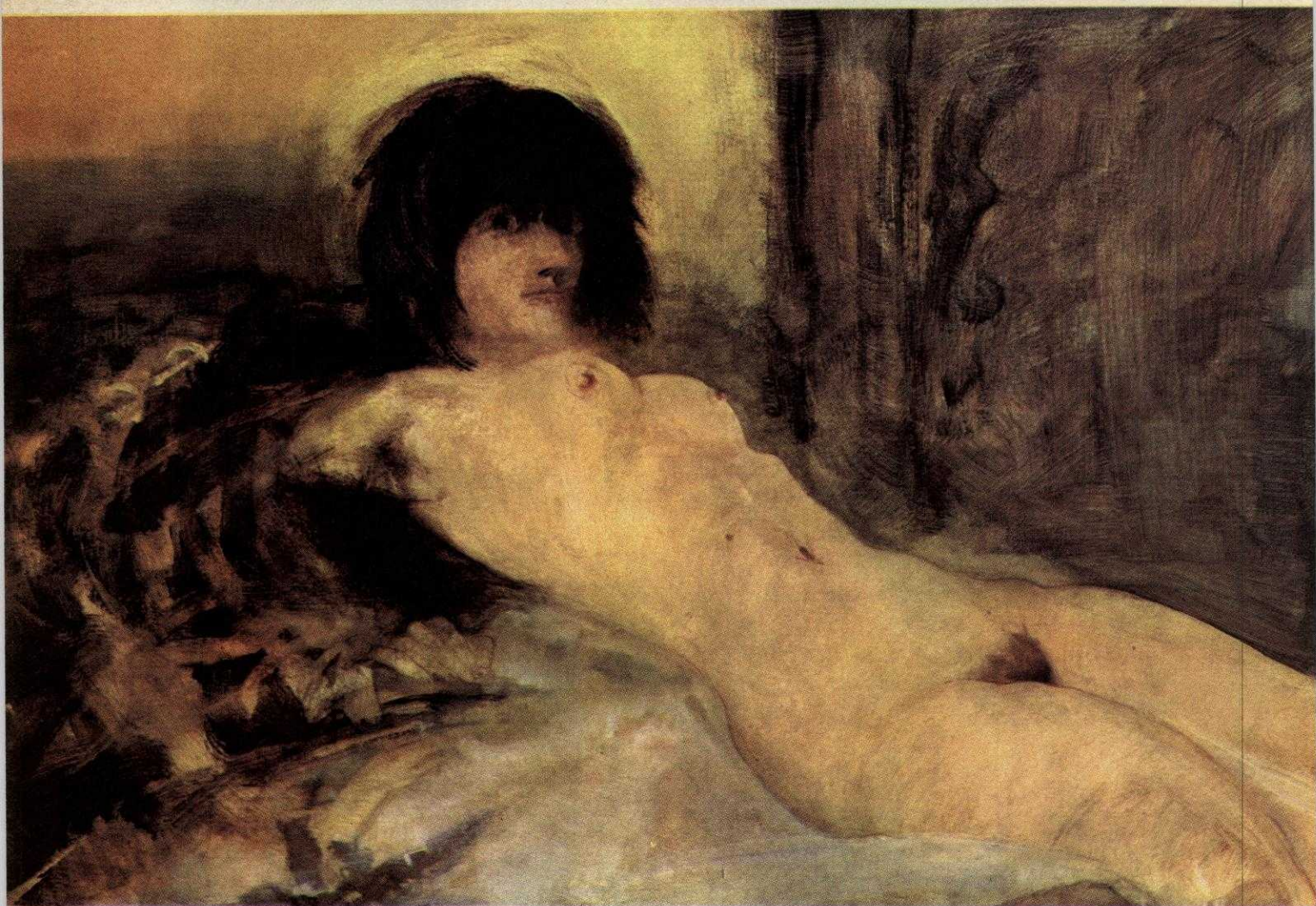
Yo también pienso en esas civilizaciones mínimas de saltimbanquis, de magos de la legua, de pequeños usureros y sastres que se desplazan siempre a lo largo de la misma ruta; de prostitutas nómadas, de barberos, de trianguladores y de gentes de los diversos oficios que St.-John Perse enumera en el canto x de su **Anabase** (párrafo que comienza: "ha!..."). Pienso en esas civilizaciones que son eternamente momentáneas. Civilizaciones de danzarines y actores famélicos de una **comedia dell'arte** tenebrosa. Un lazareto o un manicomio ambulante; los últimos desplazamientos de una raza peripatética; los últimos vestigios de esa gran desesperación de la especie que es su evolución. A veces, en mitad de esa marcha milenaria, el reposo, la quietud al final de cada etapa; la culminación callada de una jornada necesaria a la depuración esencial de la tribu; la revelación súbita de un hecho mediante su luz;

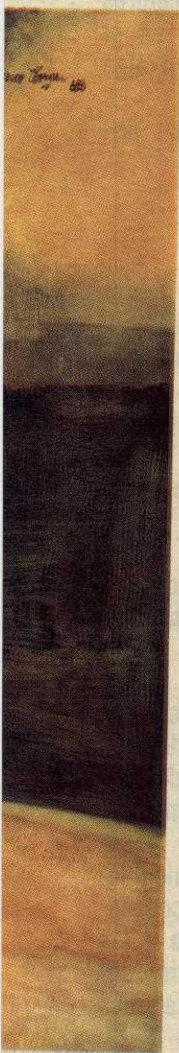












como en **Caravaggio**, en **Las meninas**, en **La encajera** y en algunos cuadros de **Balthus**. La congelación de un instante fugaz de la especie, no del tiempo; como si mediante un procedimiento poético hubiera sido posible sustraer la realidad a su transcurso, antes de que su existencia se reanude convulsiva e ignorada.

El método hasta ahora sólo se manifiesta como una condición fotográfica y documental de la memoria o del sueño. Una estructura imperceptible de realidad le presta la forma con que nos es posible aprehenderla. Sabemos hasta este momento que el método exige que el encuentro con las formas se realice en el ámbito de un sueño acerca de la realidad; o sea en el ámbito que está situado del otro lado del espejo de nuestra sensibilidad; del lado inconsciente o demencial en el que los secretos de la especie se depositan o se revelan.

LOS PERSONAJES

La substancia de estas formas es la textura con la que la pincelada las ha ido construyendo al crear una trama sucesiva de planos translúcidos. Esa textura también es una **figuración** creada por el artista mediante la sobreposición de capas tersas de pigmento diluido en un vehículo no aceitoso, sino en un barniz más volátil, al modo de las lacas o de las tintas. Las transparencias son cada vez más oscuras. Los excedentes de pintura se recogen pasando una brocha gorda a contrapelo. Los accidentes de la textura se van así acentuando cada vez más, mediante este procedimiento que crea una pátina óptica sobre toda la superficie del cuadro. Debajo de estas veladuras sombrías vibra la intensidad de los colores más brillantes que subyacen. Los últimos acentos son esas extrañas caligrafías negras; formas aracnoideas que desfiguran interpestivamente, concretándola como una conjunción de planos translúcidos, la figuración más acá de la que está situada. Los planos de barniz actúan como lentes que concentran, cada vez con mayor intensidad, la luz en los focos emotivos del cuadro. La transición de un tono a otro, en sentido horizontal de la pintura, se efectúa mediante el rebatimiento exhaustivo con una brocha de abanico empleada como esfumino en los confines de estas zonas hasta confundirlas imperceptiblemente, después de haber establecido una "programación" de los estados mordentes de la pintura.

Otra característica del método: la construcción de las formas mediante la superposición de planos transparentes de color cada vez más oscuros, pero no más opacos, a modo de lentillas, sobre una estructura meramente textural que también ha sido figurada.

De esta particularidad del método de Corzas extraigo dos conclusiones relativas a la materia con la que la obra pictórica se construye: en primer lugar encuentro que la pintura de Corzas confirma una distinción, necesarísima en la descripción fenomenológica del cuadro, entre **textura** e **impasto**. En segundo lugar, me percató del modo cómo un hecho pictórico puede ser total en sí mismo.

Por **textura** entiendo una cualidad visual que es, en la mente, sensible al tacto. Por **impasto** entiendo una cualidad táctil que es perceptible visualmente. Por un **hecho pictórico total en sí mismo** entiendo, simplemente, un hecho realizado, en su totalidad, pictóricamente; como, por ejemplo, el retrato de Baudelaire leyendo hecho por Coubert, llamado **L'homme a la pipe**.

DEFINICION DE HECHO PICTORICO

Para cumplir este fin, me veo precisado a realizar la siguiente experiencia: durante algunos minutos miraré una fotografía en blanco y negro de un detalle del cuadro **Trashumante**. Escribiré la impresión que esto me produzca y luego estudiaré una diapositiva a colores del cuadro al que pertenece este detalle que es el rostro del personaje enmascarado cuyo disfraz en algo impreciso recuerda la **Cabeza de Hipnos**.

La contemplación de la fotografía revela, en primer lugar esta visión:

LA QUIMERA

Tiene orejas de hiena; como puñales de hierro viejo enlaminado. La mirada con reflejos de capulín venenoso. El hocico se pliega en una mueca maligna como de perro; pero de la comisura de los bellos parecen salir dos colmillos color de esperma, recubiertos de líquenes y de restos fósiles de entomologías anteriorísimas; como si estos vestigios de materia orgánica bastaran para atenuar el carácter esencialmente homicida y ponzoñoso de las puntas de esos colmillos ebúrneos y patinados de sangre, imparten a la jeta sanguinaria y taxidérmica...

La fotografía revela el trasfondo aparentemente azaroso del desplazamiento de la mano del pintor sobre la superficie de la tela; o sea que pone de manifiesto algo así como la ley que rige la mecánica de un hecho poético. Esta fotografía en blanco y negro hace que se manifieste la infraestructura formidablemente manual que tienen algunas pinturas. La concentración y el equilibrio de las masas de **impasto** y las masas de textura dan testimonio de una materia fundamentalmente pictórica; la densidad de los grafemas ópticos que la fotografía revela, es evidencia de la estructura que rige en el orden **zonal**, de la misma manera que los barnices empleados como tintes superpuestos, rigen en el orden **tonal** de la composición. La visión de la diapositiva da la impresión de una eclosión violentamente mineral de los colores —tierras y óxidos— que han sido aplicados como acentos; es decir, con un criterio expresivo más que con un criterio lógico. La idea contenida en las líneas anteriores confirma la verdad de una aprehensión intuitiva que me había asaltado al hablar de la construcción de las figuras de Corzas mediante la yuxtaposición de planos translúcidos de densidad por un procedimiento pictórico que se asemeja al de la laca. La idea, breve

mente, es la de que la pintura se realiza por un procedimiento que informa un proceso reflexivo, invertido, especular de la técnica pictórica misma, que en todo se ve subvertida por la intensión y la aspiración de las propias formas al reposo y a la pureza total que la pintura les confiere más allá de toda causalidad. Pero en ese mundo crepuscular, como de oro y de musgo; en ese mundo de extraños ceremoniales en el que el lenguaje es como el recuerdo atávico, la realidad está conformada por un mirar interior y los sueños, para serlo, tienen que ser irrazonables. La existencia de las cosas es, en esas pinturas, como el rumor es a las palabras. El mundo está siendo murmurado visualmente. Al pretender definir la pintura de Corzas como una pintura de contenido metafísico, el curso de mi pensamiento, para formular las ideas que esa pintura y su definición suscitan, ha corrido paralelo a otro cause discursivo que aparentemente tiene un carácter más bien retórico. Me refiero en concreto a la cuestión del realismo. Considero que su enunciado basta para sugerir la inextricable relación que existe entre el pintor, el cuadro, el observador, el objeto figurado en la pintura.

La obra de Corzas, en mi opinión, aporta una evidencia irrecusable en favor de la existencia de los mitos interiores: esas cosmogonías mentales que están eternamente en el acto de realizarse y que constituyen el contenido de una tradición velada pero indudable de la pintura. Vacilaría mucho antes de poder decir qué pintores serían, en la trayectoria espiritual de la que Corzas es un término, los que han cultivado esos mitos interiores. Ello equivaldría a realizar un esquema total de la historia del arte; es decir, equivaldría a realizar un acto de la razón en términos de la intuición. Esto es imposible más allá de una posibilidad expresada como parte de una hipótesis; como si se tratara de un acto irreal. Irreal en la medida en que deduciríamos de él una historia del arte concebida de acuerdo con nuestras preferencias. No se trata de eso; se trata de que nuestras preferencias satisfagan las necesidades que nuestro mito interior tiene, no sólo de verse reflejado en el espejo de la realidad, sino de realizarse, mediante la obra de arte, en una otredad objetiva de sí misma.

EL MUNDO ESPECULAR DEL MITO

He dicho a propósito de ciertas invenciones ópticas que aparecen con frecuencia en los universos pictóricos de Gironella y que a veces tienen un carácter inquietantemente paradójico, que son reflejos especulares de una obsesión o de un delirio. En ese orden de ideas pienso que los cuadros de Corzas son también como reflejos especulares —no del delirio ni de la obsesión, que en su obra ocupan un lugar de trasfondo, sino del mito interior que es ese sueño que se sueña a sí mismo. Esta es una certidumbre que experimento a partir de ese acto fundamentalmente intuitivo que debe ser la contemplación de un cuadro.

Hasta ahora he hablado de lo que la pintura de Corzas significa para mí: un espejo que refleja el mito.

(Dejo esta expresión atendida al sentido ambiguo que la sintaxis castellana le confiere.) Trato entonces de adivinar lo que la pintura significa para Corzas.

El acto de creación contiene siempre un término ignorado: el de su realización. Muchas veces la excelencia de una pintura es la evidencia de que en ella está contenido un rasgo que es inexplicable (o inclasificable). El genio, dice Goethe, es inenseñable; porque el genio es una cualidad de la intuición; o sea un acto inexpresable. No quiero con ésto preparar el camino a mi incapacidad de descifrar esa relación entre el pintor y su obra. Caería con ello en situar la obra de Corzas en un lugar específico de la historia del arte. No interesa. Cualquiera puede hacerlo. Interesa más bien conocer la índole de la relación que existe entre la mente y la realidad real que ignoramos; pero que suponemos que existe, en virtud de los indicios que esas pinturas revelan; sin que, tampoco, podamos expresarla con forma diferente de como ya está expresada. Se puede objetar esta idea haciéndola intensiva a todas las obras de creación. Pero nos daríamos cuenta entonces de que existen dos tipos de obras de arte: las que son expresión de sí mismas, y las que son expresión de otras cosas expresables. Estas últimas expresan, en sí mismas, en mayor o menor grado de **relación**, su vinculación con la realidad. Las primeras la revelan como un hecho absoluto. Corzas es un pintor que no alude de una manera cultural a la historia de la pintura. Alude a ella pero en los términos del espíritu, es decir, en función de constantes absolutas.

Pienso frecuentemente en la pintura de Corzas y siempre que pienso en ella tengo la certeza de la ebriedad del espíritu que hay en los orígenes y en la condición primordial de toda obra de arte. Ahí comienza la metamorfosis de la percepción; en ese punto en el que el universo no es ni lo transitorio ni lo perdurable. Durante varios días sigo el proceso de un retrato de Corzas. Constato el acto mediante el que una cosmogonía en la que la realidad se recrea a sí misma para darse la forma de otra realidad que ella también es y constituir así una materialidad en la que los hechos son solamente una substancia lockeana desprovista de toda cualidad. Esos hechos, esos objetos, las formas de esa substancia que nuestros sentidos interpretan, se vuelven perceptibles de pronto y se manifiestan a un nuevo sentido, un sentido ulterior que en nada se asemejaría a los que ya poseemos; sólo quizás al de la vista. El mundo se revela en esos cuadros, a veces, con su naturaleza esencial y memorable; con el carácter abrumador y fugaz de las construcciones quevedianas del sueño, esa vida trashumante del ser.